

Esta obra está publicada bajo una licencia *Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 2.0*, que le permite copiar y comunicar públicamente la obra y crear obras derivadas siempre y cuando reconozca el crédito del autor, no haga uso comercial de la obra y divulgue cualquier obra derivada bajo los términos de una licencia idéntica a esta.

Dispone del texto legal completo en la siguiente dirección:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/es/legalcode.es>

El color del fin del mundo

© 2003–2008, Moisés Cabello Alemán

Santa Cruz de Tenerife, España.

moisesec@gmail.com | <http://www.moisescabello.com>

Cubierta y contracubierta © 2007 Moisés Cabello Alemán

Fuentes del montaje de portada: Fotos de dominio público o stock libre de royalties (pdphoto.org y morguefile.com).

El color del fin del mundo

Moisés Cabello Alemán

Índice

- La Flor Dorada.....	9
- Regreso a Umbría.....	29
- La Prisión del Frío.....	53
- Correctivo.....	81
- El color del fin del mundo.....	119



LA FLOR DORADA

*Es extraña la ligereza con que los
malvados creen que todo les saldrá
bien.*

Victor Hugo

Ni hablar! –gritó el Rey– ¡No dejaré que unos
cuentos de paletos hagan intransitables mis
tierras!

–Pero señor...

–¡Qué! –interrumpió casi escupiendo.

–Hemos visto a las víctimas con nuestros pro-
pios ojos, la bestia existe.

–¡¿Y cómo no la ha matado nadie?! –miró al ca-
pitán y señaló a sus guardias con gesto
despectivo– ¡Estoy rodeado de cobardes inútiles!
Llama al consejero y dile que anuncie una recom-

pensa de mil monedas a quien me traiga su pellejo. Hay que terminar con este ultraje.

—Sí, mi señor.

El capitán y sus guardias abandonaron la sala del trono rápidamente, tras lo que el rey Grim terminó su cena de mala gana y subió a sus aposentos. Durante un mes aparecieron cadáveres de campesinos brutalmente desgarrados a lo largo de su reino y hasta los comerciantes empezaban a considerar sus tierras un lugar poco seguro. Se estaban aislando por algo que nadie —vivo al menos— había logrado ver.

Él no se creía nada, pues era muy probable que detrás estuviera su peor enemigo, el rey Claude II, cuyo reino era adyacente al suyo. El tratado que los mantenía en paz era cada vez más frágil y los escarceos fronterizos, frecuentes. La guerra terminaría siendo inevitable... *que se atreva*, pensó, aunque no debía tentar a la suerte, pues sus ejércitos no estaban aún en condiciones óptimas para un enfrentamiento contra los de Claude.

Oyó a la puerta chirriar, y al volverse vio a uno de sus criados.

—Señor, el consejero me ha pedido que le recuerde el día de hoy.

—¿Qué pasa hoy?

—Es el décimo aniversario de la muerte de su esposa, mi señor. No necesito recordarle el acto en su honor que prometió aquel lamentable día para cada década de su desgraciada muerte...

—...Y a pesar de que no lo necesitas —cortó Grim bruscamente—, estas recordándomelo. ¿Qué más quieres?

—El consejero sólo quería asegurarse de que recordarais todo el ceremonial, el banquete, el regalo...

—Lo sé, lo sé, ahora vete.

Grim casi había olvidado a su esposa Malena, quien murió de forma natural según la versión oficial. Ah... Malena... si no se hubiera estado viendo con Claude a sus espaldas, él no tendría que haberla matado con sus propias manos, lastimosa pérdida la suya. La muy tonta se había enamorado de su peor enemigo, probablemente Claude la estuviera usando como espía. ¡Nadie espía a Grim! Pero tenía que admitir su valor, al atreverse a decir que no tenía nada con Claude y que realmente le quería mientras él apretaba su delicado cuello. Sí, lástima de muerte. Una muchacha hermosa, sensible y culta. Una joya entre joyas. Aún estaba

por encontrar a una sustituta entre la chusma que poblaba la realeza.

Su asesinato corrió como un rumor por todo el reino, pero nadie se atrevió a comentarlo ni a hacer preguntas. La versión oficial es la versión oficial. Oh, y ahora la ceremonia en su honor. Odiaba los banquetes llenos de sonrisas a filo de espada y sólo se sentía cómodo en ellos cuando tenía algo de lo que jactarse. Hacía ya meses que no tenía nada de lo que presumir en la mesa; a decir verdad el asunto de la bestia lo estaba incomodando en demasía.

El regalo... ¡Oh sí! Se trataba de mostrar un objeto que habría sido del gusto de la víctima, un regalo fingido, demostración de respeto póstumo. Imbecilidad que algún senil creó apropiado para la realeza, un detestable acto de etiqueta que se había puesto de moda. Dado que mandó a quemar todas las posesiones de Malena (excepto las que podían ampliar las arcas del reino), tendría que hacer algo él. Habría que verse como el Rey que era ante sus invitados.

¿Qué le gustaba a ella? Recordó la ocasión en que echó de menos... su árbol genealógico, sí. Quería ver el árbol genealógico de Grim en el salón del

trono, dado que a muchos Reyes les gustaba mostrar a sus ancestros y presumir de su sangre. Él rechazó la idea alzando la mano en gesto despectivo; no le importaba lo más mínimo su ascendencia. Pero tenía que admitir que Malena llevaba razón, era otro detalle de etiqueta de gran valor entre la realeza.

Si Claude hubiese tenido una ascendencia memorable tal vez lo habría considerado para evitar el agravio comparativo... pero por lo que sabía Claude era hijo de la relación entre su padre y una amante secreta, que al parecer había tenido otras aventuras entre la realeza. No, no creía que pusiera su árbol en su castillo.

¿Pero cuál era la propia ascendencia de Grim? Su padre Orn... le habían dicho que murió defendiendo su castillo cuando él tenía cuatro años, y su madre Anaya, se había suicidado a la semana, tras haber sucumbido a la pena. Le crió el segundo de su padre, su capitán, su tutor, que fue el que le había contado la historia, pero había muerto ya de viejo. Oh, no tenía por qué estar lidiando con estas cosas. Tiró de la segunda cuerda del llamador, campanilla a cuyo sonido debería acudir su conserjero, quien obedientemente entró en sus aposentos.

—Lo que mi señor diga.

—Ya que me has querido recordar la ceremonia de Malena... quiero que me ayudes con su regalo para el banquete. Necesito que investigues mi ascendencia para tener un árbol genealógico decente que mostrar sobre mí en la celebración; permitiré que lo adornes un poco. No debería ser muy difícil, pero por si acaso en la aldea tienes los escritos de mi viejo tutor en la casa de su viuda, que aún vive, seguramente te sean de mucha ayuda; lo quiero listo para mañana, el banquete será dentro de dos días. Envía también invitaciones a nuestros aliados de entre la realeza.

—Así lo haré, mi señor.

Claro que lo harás, pensó. El consejero sospechaba muy bien lo que le ocurrió a su predecesor cuando le desobedeció su primera vez. Grim gobernaba con el miedo, que ciertamente le resultaba muy cómodo y satisfactorio.

Tuvo pesadillas aquella noche. Soñó que le perseguía la bestia, de aspecto informe, creado por el puro espanto de su imaginación, la cual le acorraló y le clavó su mirada. Tenía los ojos de Malena. Se despertó jadeando cuando se abalanzó sobre él, y estuvo muy inquieto al día siguiente, maldiciendo

a todos los que le recordaron su muerte. Finalmente recibió nuevas sobre ella.

—Hemos podido saber que la bestia fue adquirida por Claude II en uno de sus largos viajes al este, y ha sido entrenada para acabar con vuestra vida. Le recomendamos pues que no salga del castillo mientras siga viva.

—No sería necesario si la hubierais matado ya —dijo Grim secamente—; a propósito, ¿Tenéis noticias del consejero? Debería estar ya aquí para traerme unos escritos.

—No, mi señor, no le hemos visto.

Hizo un gesto con la mano para que se fueran.

Pasó el día rumiando su propia pesadilla, agitando la cabeza para olvidar esa mirada. Ojos grandes, luminosos, inyectados en sangre... sintió un escalofrío al pensar que *ella* le pudiera estar mirando a través de ellos. Necesitaba tomar el aire, por lo que decidió más tarde pasear por los bajos del castillo dado que dudosamente la bestia llegaría a penetrar ahí. Empezaba a anochecer y maldecía al consejero, los truenos avisaban de una tormenta y aún no tenía nada que mostrar para el banquete.

Pensando en otros presentes se topó con un brote de flores en un pequeño montón de tierra pegado a una pared. A Malena le encantaban las flores, fue por eso que las mandó a cortar todas alrededor del castillo aduciendo los tristes recuerdos que le evocaban. Estuvo a punto de hacer lo mismo, cuando vio una que relucía sobre las demás... una flor dorada. Aquello era de una rareza inaudita, parecía de oro. Había oído hablar de varias cuando era joven; flores y tréboles dorados que concedían deseos.

Pisando despreocupadamente algunas, arrancó de un tirón la flor dorada. Pensó que sería inútil pero maliciosamente divertido pedir un deseo en aquellas circunstancias, así que cerró los ojos.

Que mataran a la maldita bestia sería sin duda una gran alegría... pero puestos a pedir, que le cortasen la cabeza a Claude II y a todos los de su sangre... oh sí... sería un acto de genialidad por su parte mostrar la cabeza de su eterno enemigo en el banquete. Casi se imaginaba las caras impresionadas de los presentes. Y como obsequio póstumo para su esposa tendría un valor simbólico a la altura de su grandeza, aunque sólo él pudiera interpretarlo. A veces se sorprendía de la maldad de su propia genialidad. Grim el sabio. Grim el listo.

Grim el genio. Deberían cantarlo por las calles.

Cuando abrió los ojos se sorprendió al ver que sólo estaba agarrando aire, no tenía nada entre sus dedos. Volvió a mirar a las flores, pero no vio ninguna dorada. Sus nervios le jugaron una mala pasada. El maldito consejero seguía sin aparecer y empezaba a llover.

Preparándose para volver oyó un grito desgarrador en dirección a la puerta que daba a las afueras y vio a un guardia que fue proyectado hacia el interior, estrellándose como una frágil piedra de barro contra la pared y saltando por los aires parte de su armazón. Entonces oyó el aullido más penetrante que había oído en su vida, helándole el corazón y poniéndole de punta hasta el último pelo de su cuerpo. No había sonido ambiente capaz de hacerle sombra. El eco rebotó por todas las esquinas del castillo, nadie osó alzar el más mínimo alarido de terror, pese a que sería sin duda el sentimiento dominante. Era un aullido hostil y visceral, lleno de rabia.

La bestia atravesó la gran entrada.

—Dios mío... es... es...

Enorme, eso es lo que era. La silueta era apenas discernible, pero enorme y alta como un hom-

bre, sus ojos refulgían en la oscuridad y notaba cómo olfateaba buscando algo, virando su cabeza...

... hacia él.

Sintió ganas de evacuar. Era la mirada de su pesadilla, los ojos desprendían un odio tan evidente... y, en su estado de pánico, le llegó a pasar por la cabeza que pudiera ser *ella*.

—Yo... tuve que hacerlo... yo...

No podía articular más palabras; retrocedía lentamente, pero la bestia le alcanzaría. Estaba muerto. El monstruo flexionó sus patas traseras para saltar, y un relámpago le mostró a la bestia entera, que estaba enseñando sus dientes, vibrando sus colmillos y encías ensangrentados en un gruñido gutural, escalofriante y antinatural. Era la visión de un lobo enorme cuyas malformaciones escapaban al uso de la razón. El corazón se le agitó cuando la bestia se abalanzó sobre él y se cubrió inútilmente con los brazos esperando el fin.

Oyó un gran aullido de dolor y se sorprendió al ver que la bestia había sido empalada en el aire por la gran espada de un desconocido. Ignoraba de dónde había salido, era una figura alta, envuelta en una gruesa armadura y con un yelmo que no le dejaba ver la cara... dejó caer a la bestia y sacó su

espada de ella. No era sin embargo de la corte de Grim pues usaba un tipo de armazón que se había desechado hacía ya bastantes años...

—Debo expresarle mi gratitud, vos... vos...

Sin embargo el desconocido salió sin decir una sola palabra por el gran arco central, con un andar extraño.

Tras conseguir mandar de vuelta a las multitudes que se formaron a su alrededor para saber si estaba bien, se topó con...

—¡Las flores! —gritó — ¡Claro, la flor dorada, era de verdad!

Él había deseado que la bestia fuera muerta, y ese enigmático caballero debía ser sin duda la respuesta a sus plegarias... claro que entonces... *Malena tendrá el regalo que se merece*, pensó. Tal y como pidió a la flor, Claude II y todos los de su sangre serían degollados y exterminados y lo mejor... tendría la cabeza de Claude en el banquete. A pesar de que su encogido y agitado corazón sufría aún el encuentro con la bestia, sintió un enorme alivio de pensarlo, así como la confirmación de que proyectar a Malena en la bestia fue sólo un artificio de sus más oscuros sueños, que se estaban apoderando de él. Temía estar dejando la cordura

donde no podría recuperarla.

Pero durmió como un bebé esa noche. Al día siguiente era todo sonrisas –algo muy raro en él–, se mostró en extremo benevolente, y la gente se mostraba disimuladamente extrañada, cosa que no le importaba. Había sobrevivido... pero *algo* seguía sin ir bien. ¿Era *ella*? ¡No!, gritó para sus adentros apretando la mandíbula. Pero de todas maneras se abría paso en su mente. Resopló ante la idea que surgió en alguna parte de su ser de que pudiera estar cobrando conciencia de lo que le hizo.

En cualquier caso la bestia estaba muerta, fue devuelta al lugar que le correspondía, como debía ser. Grim el sabio. Grim el listo. Grim el genio.

Tenía una sonrisa de oreja a oreja cuando presidía el banquete. Ah... si no fuera porque la cabeza de Claude debía estar en camino, habría usado el cuerpo de la bestia como trofeo y *obsequio* para Malena. Naturalmente no reprimió sus ganas de mostrarla, por lo que la había mandado a disecar. Quedaría bien en la entrada a palacio. *Así es como terminan los que se me oponen*. Sí, eso transmitiría.

Asistió al banquete buena parte de la realeza que le era afín. Fue muy prudente al no invitar a

ningún Claude al banquete, no quería ninguna carnicería en el salón. Además, el toque visceral sería más sutil... Había ordenado a los guardias que no detuvieran al caballero cuando este llegara con su regalo. Una vez el banquete se dio por concluido, Grim alzó la voz.

—Damas y caballeros, nobles, príncipes y prince-
sas, Reyes y Reinas, les dije que no quedarían de-
cepcionados con este banquete, y el plato fuerte es
aún mayor que el de la muerte de la bestia que ha
devuelto la tranquilidad a mis tierras. El conflicto
entre el gran Grim y Claude II ha concluido sin
batalla. Cualquier amenaza que Claude pudiera
representar para mi reino ha sido aplastada, y
cualquier posibilidad de continuar reinando en sus
tierras él o su linaje, ha concluido.

Se alzaron rumores a lo largo de la intermina-
ble mesa. Grim tenía una vista privilegiada, su
trono estaba en uno de los extremos de la mesa, y
veía a todos los presentes a lo largo de ella hasta
su final. Iba a seguir con su preparado discurso
cuando un golpe sobresaltó a todos... las grandes
puertas que guardaban el salón se habían abierto
con brusquedad. Era él. El caballero armado que
mató a la bestia. Se rió por dentro, *qué oportuno*.

La figura avanzó muy lentamente con su extraño andar a lo largo de la mesa ante la mirada horrorizada de los presentes. El chirriante sonido de su pesada armadura y las pisadas metálicas inundaban la sala. Efectivamente llevaba la cabeza de Claude II agarrada de su sucia cabellera, aún goteando sangre. Una imperceptible sonrisa modificó levemente las facciones de Grim mientras veía las caras de los invitados, que miraban aterrorizados —aunque algunos se alegrarían incluso más que él de verlo así— el rostro de sorpresa de Claude II, con los ojos desorbitados y la boca abierta. En otras circunstancias le resultaría aterrador a él también, pero en ese momento no cabía en sí del regocijo.

Alzó su copa dorada.

—Este es el regalo que le ofrezco a mi difunta esposa. Sé que le habría gustado... mi mayor enemigo, al fin muerto, junto a todos los de su sangre, interrumpiendo así su linaje. Las tierras de Claude II pasarán ahora a formar parte del reino de Grim el grande... *—porqué no... sería la guinda,* pensó antes de añadir— Grim el Sabio. Grim el Listo. Grim el Genio.

Consiguió arrancar aplausos de los presentes,

algunos forzados y otros que al contrario, no tenían razón para seguir fingiendo horror. Levantaron todos sus vasos y gritaron al unísono *¡Grim el Sabio, Grim el Listo, Grim el Genio!*

Pensó que ese sería sin duda el mejor momento de su vida. Anexionaría el reino de Claude al suyo y tendría el mayor reino del oeste. Lo menos que podían hacer los presentes era aplaudirle, y mostrarle desde ahora que estaban de su lado, porque ninguno podría hacerle sombra. Se removió en su trono, complacido.

El caballero aún no había recorrido toda la mesa, cuando uno de sus capitanes se acercó y le dijo:

—Mi señor, hemos encontrado al consejero. Al parecer fue alcanzado por la bestia cuando regresaba al castillo, antes del ataque de ayer...

Así que por eso no apareció. Una lástima. No apreciaba mucho las compañías, pero un consejero siempre era muy útil. Murió en vano de todas formas, ya tenía regalo de banquete.

—... llevaba algo consigo...

—Sí, le insté a traerme unos documentos. Una pérdida para todos sin duda. Murió sirviendo a su

Rey. Enterradle con honores. Puedes marcharte.

—Sí, mi señor, aunque no llevaba documentos consigo, sino una pequeña nota doblada. Pensamos que siendo él sería confidencial, así que se la hemos traído con la mayor de las reservas, aquí la tiene...

—Y has hecho bien. Buen trabajo. Ahora vete.

A Grim no le hubiera gustado que los demás husmearan en los resultados de la investigación de su consejero acerca de su ascendencia. Tomó la nota doblada entre sus manos mientras el capitán dejaba el salón. El caballero terminó su largo y sonoro andar justo delante de Grim. Este alzó su mirada y el anónimo invitado arrojó bruscamente en medio de ambos la cabeza de Claude II. Tras esto se quedó erguido e inmóvil. Grim se removió inquieto en el trono y volvió la mirada a la nota. *Un poco corto para crear un árbol genealógico, aún siendo el mío*, pensó. La abrió y empezó a leer...

“Lástima de consejero, sé que no puedes pensar bien sin uno. Traía unos interminables documentos, basura burocrática que sin duda querías tener en tu festín para alardear a los presentes de una gran ascendencia. Pero permíteme que te la resuma, eres una persona muy atareada para es-

tas cosas... antiguamente te leía tu tutor... o tu consejero... o tu amada esposa. ¿No lo recuerdas? Ah... debes haber reconocido ya mi letra...

Tú, Grim, eres hijo del rey Orn, pero no de Anaya, la Reina, su esposa. Orn tuvo una amante muy conocida en la realeza, que fue la que mató a la que creías tu madre, hecho que te ocultó tu tutor. Tú y Claude venís de la misma madre, hermanos pese a todo: sois de la misma sangre... “

No pudo seguir leyendo. Un escalofrío le subió por la espalda, las sienes le latían con fuerza, la respiración se le entrecortaba... Dejando caer la nota de entre sus temblorosos dedos, alzó lentamente su aterrada mirada al caballero. Éste se quitó el yelmo de la cabeza, dejando caer, para su sorpresa, una ristra de rizos rojizos. Un bello y familiar rostro surcado de lágrimas le miró directamente a los ojos, para decir...

—Y ahora, esposo, permíteme que termine de cumplir tus deseos. Grim el desleal. Grim el traidor. Grim el *asesino*.

Grim no pudo más que mantener una inmóvil y grotesca mueca de horror mientras Malena alzaba la espada.



REGRESO A UMBRÍA

*La literatura no es otra cosa
que un sueño dirigido.*

Jorge Luis Borges

Deberías descansar, se te ve hecho polvo –
dijo Manuel, preocupado.

–Estoy bien –respondió Gilberto–, ya sabes que cuando se acerca una fecha de entrega, duermo muy mal. Y si durmiera bien ya me quitaría el sueño el editor, está esperando mi llamada. ¿Sabes? Envidio a esos que no creen en el bloqueo del escritor. Tal vez ellos sepan cómo narices se llama lo que tengo yo.

—Lo tuyo no es bloqueo Gil, lo tuyo es empecinamiento. ¿No habías terminado el libro?

—Pero le falta algo Manu, de verdad. Tengo el escenario, los personajes y sus historias, pero le falta *algo*. Y tengo que encontrarlo.

—Con esas ojeras lo único que vas a encontrar es a un muerto viviente cuando te mires al espejo. ¿Qué te trae de cabeza, el personaje que abre la puerta al final?

—Sí, sí, mira —dijo Gilberto sacando el maletín con su portátil. Lo encendió, y le dio la vuelta para que lo viera Manuel—, lee.

“El reloj del bar marcaba las dos de la tarde cuando Enrique colgó el teléfono, y se dirigió a la multitud.

—Han encontrado el cadáver del alcalde en el maletero del coche de Mateo.

En ese instante la puerta se abrió de golpe, y todos los presentes en el bar miraron sobresaltados a la silueta que se apostaba

en ella. Un rostro contraído de rabia, que mostraba decisión, observaba con una sonrisa siniestra a los espectadores. Era Mateo Fernández, el jardinero.

Fue entonces cuando Alba, quien había llegado muy poco antes, y evidencia en mano, enseñó a los dos policías que estaban sentados delante una tijera de podar manchada de sangre, señalando a Mateo. Estos se levantaron raudos, reduciéndole de inmediato e intentando llevárselo de allí, mas Mateo se limitaba a reír nerviosamente, intentando zafarse con violencia y gritándoles a todos:

—¡No lo hizo, no pudo hacerlo, los jardines seguirán! —reía cada vez más sonora y descontroladamente, evidenciando su profunda locura— ¡y vosotros tampoco podréis quitarlos! ¡La naturaleza os lo impedirá!

Siguió gritando incongruencias, hasta que las figuras desaparecieron más allá de la puerta”

—¿El jardinero? —le dijo Manuel.

—Sí. Queda fatal como asesino. El desarrollo psicológico está muy bien, pero si lo miras en perspectiva, lo del jardinero psicópata que mata al alcalde porque este quiere quitar los jardines del pueblo para ganar espacio para las carreteras, termina siendo ridículo. Y en el bar ni da miedo, ni muestra una locura que dé mal pálpito.

—Visto así...

—Pero el final del bar tiene mucha fuerza, sólo hay que dar con la persona adecuada y cambiar alguna coartada. Y tengo a muchos personajes potenciales, pero no me decido y el editor me mete prisa.

—Tómatelo con calma Gil, duerme unas horas y ya tendrás las ideas más claras. En fin, me tengo que ir, cuídate. Y duerme, eh.

—Ya, ya... adiós.

Manuel salió del bar–restaurante, y Gilberto decidió imitarle en cuanto apuró el último sorbo de licor. Al salir notó diminutos golpecitos en la cabeza, *plop plop*. Estaba empezando a llover.

–Mierda.

Se metió en el coche lo más rápidamente que pudo, y desenfundó un cigarro.

–Bien Gilito... ¿qué hacemos? –se dijo a sí mismo con las manos en el volante. Necesitaba inspirarse, desbloquearse. Se dio una pequeña bofetada cuando se le cerraron por primera vez los ojos, y arrancó sin un rumbo concreto.

Más de media hora deambuló por las carreteras, yendo a las afueras, buscando simplemente lugares. Pero sólo encontraba urbanizaciones apartadas y viejos pueblos.

Estoy haciendo el imbécil, concluyó. Detuvo el coche, encendió otro cigarrillo y se dispuso a dar media vuelta, cuando una sonora explosión le asustó y le hizo parar. Salió del coche respirando aprisa y pudo comprobar de qué se trataba; una rueda reventada. Así acudió nuevamente a su lengua su maldición preferida:

–Mierda.

Se sentó de nuevo, descansando las manos en el volante, pensando qué hacer, pero los ojos le pesaban cada vez más... y los cerró durante unos minutos sin darse cuenta. Los abrió cuando le despertó su propia bocina, pues había dejado su cabeza sobre ella, y su cigarro se había consumido. Confuso, salió del coche para que le diera el aire; había dejado de llover, e incluso se había disipado un poco la humedad.

El susto y la pequeña cabezada le dejaron algo más despierto. *Necesitas ayuda*. Sacó el teléfono móvil, pero no tenía cobertura.

—Mierda.

Una furgoneta se paró a su lado instantes después, y un hombre ya mayor asomó por la ventanilla.

—¿Necesita ayuda?

—Se me ha picado el neumático, y no tengo el de repuesto.

—¿Ha pedido ayuda? —dijo insistente.

Gilberto mostró su teléfono, negando.

—No tiene cobertura.

—En el pueblo tenemos un pequeño taller de re-

paraciones, desde allí puede llevarse un neumático o llamar a una grúa. Si quiere le llevo.

—Muchas gracias, deje que recoja mis cosas.

Sacó todo lo que tenía valor del coche, y se sentó en el asiento del copiloto.

—Toni —dijo el hombre dándole la mano.

—Gilberto Ruiz, encantado.

—¡Vaya! ¿Es usted el escritor?

—Eso dicen —respondió sonriendo débilmente.

—Casi no le reconozco, no tiene usted buen aspecto.

—Llevo demasiado tiempo sin dormir...

—Entiendo, mejor no le doy mucho la lata.

Fueron apenas unos quince minutos de trayecto hasta llegar al pueblo, durante los cuales Gilberto había dejado abierta su ventanilla para que el aire fresco le impidiera dormirse. Cuando Toni paró la furgoneta, la gravedad volvió a sus párpados, y luchaba contra ella con dificultad.

—Vaya, me temo que hoy no abren hasta por la tarde —dijo Toni. Le miró unos instantes, como escrutándole—, oiga... si quiere puede dormir unas

horas en mi casa, en el cuarto de invitados, hasta que abra el taller.

—Gracias por su hospitalidad, la verdad es que me hace falta.

—No es hospitalidad, es auxilio —dijo mirándole consternado—. ¿Cuánto hace que no duerme?

—No sabría decirle... todas las noches duermo un poco... pero es mucho sueño atrasado. Mi última novela me trae de cabeza.

—¿En serio? —dijo Toni interesado—, ¿de qué va?

—Me temo que no puedo adelantarle nada.

—Oh... claro claro, entiendo. Mmm... Qué raro que Álvaro haya cerrado esta mañana... —dijo Toni volviendo a arrancar la furgoneta.

—¿Álvaro?

—El mecánico.

—Caramba...

—¿Qué?

—Que se llama como el mecánico de mi novela —dijo Gilberto asomándose por la ventanilla; miraba con fijeza el taller, parpadeando lentamente—. ¿Sabe qué le digo? Que mejor esperaré por aquí,

ya buscaré una cafetería o algo.

—¿De verdad se encuentra...?

—Sí, no se preocupe. Encantado de conocerle —le estrechó la mano rápidamente—. No se preocupe por mí. Muchas gracias.

—Cuídese... si se arrepiente, puede encontrarme al lado del ayuntamiento, en la tienda de pintura —le dijo Toni confuso.

—Entendido, adiós —despidió Gilberto raudo. Se volvió hacia el taller.

Es casi un deja vu... tremendamente parecido. Este puede ser el lugar que estaba buscando. Sí...

Empezó a pasear por los alrededores, fijándose en cada fachada, cada papelera, cada árbol. Era más o menos como se imaginaba el pueblo en el que transcurría su novela.

—Perfecto.

—Con su permiso —dijo tras él una voz femenina.

Gilberto se giró, cayendo en la cuenta de que estaba en una acera estrecha con una valla que la separaba de la carretera y que obstaculizaba el paso. Tras ella estaba una mujer cuyo rostro le era enormemente familiar.

—¿Alba? —dijo Gilberto con los ojos entrecerrados, como si así la fuera a ver mejor.

—¿Le conozco? —le preguntó ella con un deje de desagrado.

—Yo... Eh... ¿Su hija se llama Victoria?

—¿Quién es usted?

—Uh... Eh... Olvídelo... —dijo Gilberto confuso y adormilado, intentando irse.

—¡Eh! ¡Dígame de qué nos conoce o llamaré a la policía! —dijo ella alzando la voz, enfadada.

—Lo lamento señora, la he confundido con otra persona —respondió en la distancia.

Con un personaje de mi novela, más concretamente.

Se encontraba con algo más que inspiración en aquel pueblo, y la desconfianza en su propio juicio estaba creciendo. Demasiadas horas sin dormir.

A su mente llegó el personaje misterioso del bar que seguía sin rostro en su novela.

A ese no me importaría encontrármelo...

La idea le divirtió, y observó con atención a todas las personas que se encontraba mientras

paseaba, en busca de ideas. Sumido en sus pensamientos, y con sus sentidos disminuidos por el sueño, se golpeó la cara al tropezar con un poste.

—Mierda.

Al fijarse en el poste mientras se frotaba el rostro, vio que tenía un cartel con una flecha que apuntaba a la derecha:

“AYUNTAMIENTO DE UMBRÍA”

Un minuto estuvo mirando el cartel de izquierda a derecha, comprobando cada letra, restregándose los ojos y volviendo a empezar.

—Gilito... necesitas dormir...

Recordó las palabras de Toni, y buscó en las cercanías una tienda de pintura que efectivamente encontró. Al entrar vio a Toni con una mujer.

—Toni, tenías razón, me he arrepentido —le dijo sonriendo.

—Ah, es usted —la mujer le susurró algo a Toni, mirando mal a Gilberto—, no te preocupes, encárgate hasta que vuelva.

Salieron ambos, y Gilberto reconoció la furgoneta de Toni, presto a dirigirse hacia ella.

—No, no, vivo aquí encima —le señaló Toni encima de la tienda.

Entraron por otra puerta y subieron las escaleras.

—La habitación de invitados está al fondo a la derecha. Cierre la puerta y oirá menos ruido.

—¿Por qué me miró mal? —preguntó Gilberto, cuya mente estaba funcionado a distinta velocidad.

—Ah, María es muy desconfiada, y también es cierto que su aspecto deja mucho que desear.

—Tiene razón, necesito dormir... Bonito pueblo este. ¿Cómo se llama?

—Umbría.

—Lo que usted diga... ¿Dónde dijo que estaba el cuarto de invitados?

Cuando Toni se fue, Gilberto se quedó mirando por la ventana, adormilado y pensando aún en la novela.

Si no puede... ser... el jardinero... quitémosle de la ecuación.

Fue al lavabo, se refrescó la cara y volvió a la habitación sacando del bolsillo de su camisa su estilógrafo plateado, presto a escribir el borrador de la escena en su bloc.

“Tras echar un vistazo a su jardín, Mateo entró en su casa pensando en el plan del alcalde. Era fácil que no se llevara a cabo, pues ya conocía el dicho... “Muerto el perro, se acabó la rabia”.

Pero al abrir la puerta de su casa, se topó con una figura que él desconocía. Tenía el brazo alzado, y cuando percibió el brillo metálico que salía de la mano, supo que iba a morir.”

Gilberto se quedó mirando el bloc unos instantes.

—¿Pero quién eres? —dijo en voz baja.

Si sigo despierto no lo voy a averiguar...

Se quitó la chaqueta y se tumbó en la cama, mo-

mento en el que toneladas de cansancio se abatieron sobre él, abandonándose al sueño.

Pero lo que obtuvo fue una extraña vigilia, en la que no sabía si estaba despierto o dormido pues no paraba de pensar en el personaje asesino.

Tras una cantidad de tiempo que ignoraba en ese estado, terminó de despertarse bruscamente por un alarido lejano pero desgarrador. Por la ventana se oían los gritos de terror de una mujer y exclamaciones de sorpresa de varias personas, lo que le hizo levantarse torpemente, asomándose para ver lo que estaba pasando y atisbando apenas a unos cuantos vecinos corriendo a cruzar una esquina de la que no veía nada más. Consciente de que había pasado algo grave, salió lo más rápido que pudo, a tropezones, de la casa de Toni.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a uno de los vecinos que venían de la esquina.

—Ha aparecido muerto Mateo, tiene puñaladas por todo el cuerpo... Dios mío...

—¿Ma... Mateo?

—Claro, hombre. ¿Es que no vive aquí? Mateo Fernández, el jardinero del pueblo.

Gilberto se llevó una mano a la frente, y luego

una al pecho, al fallarle la respiración...

—Ay... No... No puede ser...

—¿Le conocía? —le dijo el vecino al verlo tan afectado, sin saber que era por razones mucho más extrañas.

—En cierto modo...

—Lo siento —el hombre fue de nuevo a doblar la esquina.

No, no, no... Tienes que mantener los pies en la tierra Gilito... vamos... no puedes caer en la locura. Has tenido otros períodos de extrema falta de sueño y nunca se te ha ido la chaveta... Haz algo... ¡Corre!

Y literalmente se puso a correr.

Iba sin un rumbo fijo, de forma un tanto torpe por el sueño, doblando todas las esquinas. Pasó por el ayuntamiento, y allí seguía el nombre del pueblo de su novela. Fue más allá, y los encontraba uno tras otro; la plaza de Umbría, la casa de Alba, la de Mateo con su jardín —y mucha gente alrededor—, la de Enrique...

Los reflejos le fallaron y se le dobló una rodilla, cayendo al suelo y golpeándose la frente con una

pared. Luego se sentó cansado y dolorido, con la mano en la frente. Al mirársela vio sangre.

Confuso e impotente, se puso a llorar.

Qué me está pasando...

—¡Qué me está pasando! —gritó—, sólo quiero dormir...

Pensó todo lo rápido que su estado le permitía, mientras se secaba las lágrimas.

Sólo hay una salida...

El personaje asesino... ése era el responsable, existiera o no. Tenía que averiguar su identidad... y si aquel pueblo en la realidad o en su imaginación, o en lo que estuviera viviendo en aquellos momentos, era una réplica de la Umbría de su novela, sin duda ese personaje también estaría.

Tan sólo tengo que escribir que aparezca delante de mí...

Se palpó el bolsillo de su camisa para sacar su estilógrafo, pero no estaba.

—Mierda.

Debí dejármelo en casa de Toni...

No tenía ni ganas ni fuerzas para volver. Se lle-

vó las manos a la cabeza, agarrándose el pelo e intentando pensar.

Su rostro se alzó tan pronto lo recordó.

¡El bar!

Raudo, miró su reloj: faltaban cinco minutos para las dos de la tarde, la hora en la que escribió que el asesino aparecería en el bar.

Se irguió aún dolorido y corrió torpemente hacia la plaza central de Umbría; en su mente ya únicamente habitaba la enigmática figura.

En pocos minutos llegó a la plaza, buscando el bar con los ojos entrecerrados. Cuando lo descubrió, se estaba cerrando la puerta.

¡Acaba de entrar!

El corazón se le aceleró, no sin esfuerzo, y él se dirigió todo lo rápido que pudo a la puerta, mas cuando llegó se detuvo, mirándola. Sintiendo a los latidos retumbar en sus propios oídos, y con la mezcla de excitación y miedo propia de quien está a un paso de lo desconocido, puso su mano en el pomo.

—Veamos quién eres —masculló entre dientes.

“El reloj del bar marcaba las dos de la tarde cuando Enrique colgó el teléfono, y se dirigió a la multitud.

—Aún no han encontrado a ese tipo.

En ese instante la puerta se abrió de golpe, y todos los presentes en el bar miraron sobresaltados a la silueta que se apostaba en ella. Un rostro ensangrentado y demacrado, miraba apretando los dientes a los presentes, como buscando a alguien. Estaba sucio, miraba con los ojos entrecerrados, perdidos e inyectados en sangre, oscurecidos a su alrededor y con largas ojeras. Respiraba con dificultad y empezaba a babear levemente, costándole mantener el equilibrio. Nunca le habían visto antes.

Fue entonces cuando Alba, quien había llegado muy poco antes, enseñó a los dos policías que

estaban sentados delante un estilógrafo plateado manchado de sangre, señalando al anónimo individuo. Estos se levantaron raudos, reduciéndole de inmediato e intentando llevárselo de allí, mas la enigmática figura empezó a gimotear, intentando zafarse con violencia y gritándoles a todos:

—¡No, están cometiendo un error! —pero repentinamente comenzó a reírse de forma sonora y descontrolada, evidenciando su profunda locura— ¡Idiotas, no podéis detenerme! ¡Yo os creé, yo os escribí, y puedo hacer que desaparezcáis!

Siguió gritando incongruencias, hasta que las figuras desaparecieron más allá la puerta”

La bocina le despertó. Abrió los ojos con dificultad, pues lo tenía pegajosos, y miró a través del cristal. El coche no se había movido de su sitio, y

estaba atardeciendo.

Dio el suspiro de alivio más largo de toda su vida, al comprender que todo había sido una terrible pesadilla.

—Qué mal lo he pasado... Dios... qué mal...

Pero por lo menos había dormido profundamente varias horas. El haber encontrado al asesino misterioso probablemente tuviera que ver.

Al fin y al cabo es buen final, pensó. El escritor atrapado en su propia novela, y resulta ser el villano.

Rió entre dientes, y encendió el teléfono. Era buen momento para llamar al editor y decirle que ya tenía el final.

—Déjame un par de días para pulir la historia, la tendrás el Lunes sin falta.

Iba a marcar de nuevo para ocuparse del neumático y oyó acercarse el sonido de un motor. Temió por momentos que fuera Toni de nuevo, y resultase que todo era una pesadilla infinita.

Pero en el retrovisor atisbó a lo lejos un coche de policía.

—Ah, perfecto.

Salió del coche y les hizo señas desde lejos para que pararan, y la unidad se detuvo justo al lado. Del coche salieron tres agentes.

—Hola agentes, verán, tengo un problema, mi teléfono no funciona y no tengo repuesto para...

El primer agente que se había acercado, le volteó y empujó al coche con violencia.

—Las manos donde pueda verlas, abra las piernas...

—Eh... Pero qué...

Los otros registraban el coche.

—Queda detenido por el asesinato de Marcos Hernández en Villa Umbreira, y hay testigos que...

El agente siguió hablando, pero Gilberto no le oía, pues lo comprendió todo en cuanto abrieron el maletero.



LA PRISIÓN DEL FRÍO

El valor espera; el miedo va a buscar.

José Bergamín

Cuando Cirio acudió al relevo el frío era insoportable. Y llegó no sin esfuerzo; nunca la cima de la montaña estuvo tan inaccesible.

—¡Por fin! —gritó su compañero a través de la ventisca y la nieve— Pensaba que nunca vendrías.

—Hola, Füller —respondió Cirio intentando sonreír, sintiendo la escarcha agarrotarle los músculos faciales—. Lamento la tardanza, la ventisca lo ha complicado todo.

—Sí, tiene que haber sido muy jodido... ¿Te han hablado ya del relevo de hoy?

—La verdad es que no, hay un silencio muy extraño sobre el tema. ¿Qué me puedes contar?

—Al parecer han traído un prisionero, temporalmente.

Cirio no pudo esconder su asombro.

—¿Un prisionero? ¿Aquí? Pero si hace más de veinte años que esto no se usa como prisión, y aquello fue por la guerra. Además, estamos en el culo del mundo...

—Creo que precisamente por eso lo han traído aquí. Parece llevarse muy en secreto, como si no quisieran que nadie le vea. En cualquier caso mañana se lo llevarán para ejecutarlo.

—¿Le has visto?

—Llegó al mediodía, así que realmente no he llegado a verle. Tú tendrás que hacer guardia hasta que se lo lleven al amanecer.

Cirio se mostró sorprendido.

—¿Le van a matar? Debe ser alguien importante entonces, quién lo iba a decir en este trabajo de mierda...

—Cirio, por Dios, parece mentira a tus cuarenta primaveras. Este asunto apesta. Estará encerrado, así que olvídale hasta mañana. Y Cirio... consejo de amigo: no te acerques a hablar con él,

cuanto menos sepamos, mejor. Si tan en secreto quieren llevar este tema por algo será, y más si lo han traído tan lejos. Pero lo tienes fácil, de hecho no tienes ni que estar dentro.

—Bueno, no se puede decir que el día esté como para hacer la guardia fuera ¿Eh?

Füller logró un atisbo de sonrisa.

—También es verdad. En fin, me espera un viaje largo. Cuídate amigo, nos vemos en el próximo relevo.

—¿El miércoles?

—Exacto. Ya me contarás cómo te ha ido. ¡Adiós!

Cirio le despidió con la mano mientras se alejaba. Poco tardó su compañero en dejar de ser visible.

En fin. Otra noche de aburrimiento.

Pero se mentía a sí mismo. Lo del prisionero era en verdad una novedad. Tantos cuidados le hacía aún más especial y el creciente frío que se aproximaba con la noche lograría que entrara en la instalación forzosamente.

Y sabía que una vez dentro, la curiosidad podría con él.

Recorrió un lateral de la nave, mirando fijamente las paredes. Aquel enclave era casi como un castigo. Se trataba de la instalación militar más cercana a las afueras del país, llegar era endiabladamente difícil y las tormentas de nieve, frecuentes. No en vano durante la guerra llamaron al lugar *La Prisión del Frío*.

Pese a lo rimbombante del nombre el aburrimiento allí era absoluto. Solía estar completamente solo hasta ver a su relevo, por eso miraba ahora de forma diferente aquel tugurio. *Era* diferente, pues albergaba en su interior a un desconocido.

Pasaron unos veinte minutos hasta que se decidió a entrar. La rutinaria entrada también dejó de serlo; ahora alguien oía sus pasos. Se dio cuenta entonces de que echaba de menos esa rutina, sintiéndose incómodo. Alguien a quien aún no había visto estaba minando su intimidad.

La excitación inicial pasó al tedio, sentándose lejos de la celda, a esperar. Tal vez hasta pudiera dar una cabezada. Sólo tenía que aguardar hasta el amanecer y volvería a su plácida soledad. Pero recordó también que era la litera de la celda —normalmente inhabitada— la que usaba para dormir.

Maldita sea.

Y del tedio pasó a sentirse estúpido por evitar al prisionero. ¿Qué diablos? Aquella era *su* prisión y *él* era el carcelero, no tenía que estar evitando a nadie. Con decisión llevó la silla a la sala de la celda, puso a esta ruidosamente en el suelo a unos cuatro metros de los barrotes y se sentó de brazos cruzados mirando al frente.

La cara de autoridad que quería mostrar se tornó en su mueca más estúpida.

El prisionero por el que tanto jaleo se había armado era una mujer esposada que, con gesto soñoliento y respirando aprisa por el susto se incorporaba en la cama. La había despertado él con la silla.

Estaría entrada la treintena, largo pelo moreno y rostro levemente sucio y demacrado, de visible cansancio. Tenía una cicatriz llamativa en el cuello, parecía antigua. Sin embargo, otras marcas como arañazos o pequeños moratones denotaban un reciente interrogatorio. Cirio sabía cómo eran. Todo ello unido al clásico traje naranja de presidiario que le quedaba como un saco hacía imposible percibirla como una amenaza.

Entre su propia estupefacción y que dada la brusca entrada ella debía pensar que Cirio tendría

algo que decir, se produjo un embarazoso silencio. Pudo recuperar algo de entereza mirándola a los ojos lo más impasiblemente que pudo, esperando a que apartase la mirada.

Esta es mi prisión.

—¿Puedo seguir durmiendo? —preguntó ella al ver que no decía nada.

Hay respeto en su voz, se dijo Cirio a sí mismo con satisfacción. Empezaba a dejar las cosas claras. Pero la mirada de la prisionera esperando una respuesta le hizo revolverse en la silla. ¿Si podía seguir durmiendo? ¿Qué debía responder? Él nunca había tratado con prisioneros. A decir verdad nunca había mandado sobre nadie.

Si le digo que sí quedaré como un estúpido.

—No —replicó con cuanta hombría le fue posible—. Su...

¿Su? ¿Qué deferencia puede merecer un prisionero condenado a muerte?

—...tu descanso hasta la ejecución ha concluido, esas son mis órdenes.

—Oh... —se limitó a decir ella sentada en la cama, balanceando las piernas sin saber muy bien

qué hacer entonces. Su rostro emanaba tristeza.

Joder, no me pongas esa cara...

Cirio se volvió a revolver incómodo. Añoraba más que nunca su rutinaria soledad en aquel lugar. Aquella mujer le iba a dar problemas y él definitivamente carecía de madera de carcelero.

Sólo tienes que aguantar hasta mañana Cirio... por la mañana temprano se la llevarán... ya se está haciendo de noche, es cuestión de horas...

—¿Y no me vas a dar nada que hacer? ¿No me vas a interrogar tú también?

Ya empezamos...

—Cuando tenga algo que decirte te lo diré, mientras tanto guarda silencio.

Ella se le quedó mirando para volver a hablar en un tono más cansado del que ya tenía.

—Es evidente que eres un guardia de poca monta que hasta hace poco no sabía a quién se iba a encontrar aquí, y se ve a la legua que no tienes ni puñetera idea de cómo tratar a un prisionero. Tus titubeos, tu veloz pestañeo, el tamborileo de dedos en la pierna sumado a lo incómoda que te está pareciendo esa silla creo que lo dejan bastante claro.

Así que, educadamente para no herir tu repentino orgullo te pido que digas algo o me dejes volver a dormir. Pero no me hagas perder más el poco tiempo que me queda.

Cirio se quedó planchado en la silla sin saber qué decir. Intentando no exteriorizar su inquietud, terminó de apoyar la espalda en la silla, cruzándose de brazos.

Mira lo que hago con tu tiempo.

Ella bufó, negando con la cabeza y apartando la mirada. Pasaron un buen rato así, en silencio, tiempo durante el cual la prisionera mantuvo su semblante pensativo. Subió las piernas a la cama, quedándose sentada y rodeando sus rodillas con los brazos. Mientras, Cirio la escrutó intentando conseguir pistas sobre quién era y qué le había pasado. De su cara no sacó más que la certeza de su profunda tristeza, suponía que la normal en alguien que sabía que iba a morir. También vislumbró lo hermosa que debía ser en otras circunstancias.

—¿Cuál es tu nombre? —dijo ella finalmente sin mirarle.

—Eso es asunto mío.

—Oh vamos, deja de fingir un imaginario protocolo carcelario. Además, nadie nos oye. Me da igual que te lo inventes, sólo quiero un nombre por el que poder llamarte.

Se la quedó mirando unos instantes, frunciendo el ceño.

—Cirio —replicó al fin, abruptamente.

—Bien, ya es algo. A mí puedes llamarme Dorothy.

—¿Te llamas Dorothy?

—No, pero lo considero apropiado. Bien, Cirio... ¿Estarás aquí hasta que me lleven?

—No puedo hablar del trabajo, y creo que lo sabes. ¿Por qué me lo preguntas? —replicó enfadándose cada vez que ella hablaba.

—¿Que por qué te lo pregunto? Vaya... —miró a sus manos, cabizbaja— En los últimos años he estado en varias situaciones como esta. Pude escapar, pero hoy... no va a haber fortunio de última hora, parece. Te he preguntado eso porque de ser cierto, eres la persona con la que mantendré la última conversación de mi vida. ¿Entiendes?

No se lo había planteado, pero su incomodidad

permanecía.

—Hablar contigo sólo me puede traer problemas.

—El simple hecho de hacer guardia conmigo aquí te traerá problemas. Hablar no empeorará eso, y como dije nadie nos escucha.

—¿Por qué dices que tendré problemas por hacer guardia contigo aquí?

—Muy pocos de los que han tenido contacto conmigo se mantendrán con vida.

—¿Qué?

—A efectos de tus jefes no existo, ni quieren que nadie sepa que existo. Y parece que se lo toman muy en serio. He visto con mis propios ojos cómo mataban a un par. Y tú, Cirio... no te ofendas, pero pareces muy prescindible.

—Mientes... ¿Qué es esto? ¿Un estúpido juego psicológico?

Se levantó de la silla con tosquedad y salió rápidamente de la sala en la que estaba la celda, sin que ella dijera nada para retenerle. Fue a por el abrigo y salió afuera.

Estuvo más de media hora aguantando el frío, encolerizado. No quería complicaciones en el tra-

bajo y esa mujer estaba empezando a dárselas.

¿Cómo sé ahora si dice la verdad? ¿Me matarán? ¡Mierda!

Se sentía manejado y odiaba esa sensación. Había empezado a sentir lástima por Dorothy, y ella seguro la aprovecharía. Pero lo que más odiaba era saber que podía tener razón; que, después de todo, lo que dijo tenía algo de sentido.

Cuando el frío le convenció de volver a entrar se mantuvo lejos de la celda, en la sala de entrada. Ella tuvo que oírlo, pero no dijo nada.

Pasó otra media hora allí sentado, intentando dormir en la silla, sin éxito. Afortunadamente el tiempo seguía pasando, quedaban menos horas para que se la llevaran. Mientras continuara callada, todo sería más fácil.

Pero tan pronto lo pensó, oyó su voz. ¡Estaba cantando!

*Sola en un mundo olvidado,
sola en un mundo cruel,
mucho has caminado,
más has lamentado,*

*tanto has vivido,
más has perdido.*

*Sola en el límite del mundo,
con la fría indiferencia
de un vigilante furibundo,
sola en mis últimas horas
que pasan igual de solas
sola en mis últimos suspiros,
para los que no habrá oídos...*

Lo que me faltaba.

Supuso que no sería tan horrible después de todo hablar un rato con ella. Lo prefería a tenerla el resto de la noche cantando en ese plan. Con decisión volvió hacia la celda; Dorothy no reparó en él, seguía en la misma postura, con los brazos sujetando sus rodillas, en las cuales descansaba la cabeza. Miraba la pared de la celda, pensativa.

Tras sentarse, Cirio esperó un poco a que hablara ella, pero como seguía ignorándole tomó la pa-

labra.

—¿De qué te acusan?

Ella le dedicó una mirada poco amistosa.

—Tú deberías saberlo —dijo volviendo a mirar a la pared.

—Lo ignoro.

—De todas formas no lo entenderías.

¿Y ahora no quieres hablar?

Cirio volvió a lo que realmente le inquietaba.

—¿Cuándo crees que vendrán a matarme?

—Supongo que cuando vuelvan a por mí —respondió Dorothy mirándolo con interés.

Aquel brusco cambio de atención le puso en guardia.

—Comprobaremos entonces si es cierto.

Su cara volvió a cambiar, mirando nuevamente la pared. Dado que presumiblemente seguiría callada, Cirio sacó un libro de las estanterías que tenía detrás y se puso a leer. Esto llamó la atención de Dorothy.

—¿Qué libros tenéis ahí?

—Novelas para pasar el rato —respondió él secamente, sin ganas de reanudar otra conversación que ella intentaría llevar a lo que le interesaba.

—¿Me puedes dejar uno?

Cirio la miró alzando la ceja, gesto que la prisionera no pasó por alto.

—Vamos, no pretenderás que pase mis últimas horas mirando una pared.

Si así la tengo entretenida...

Sacó otro libro de la estantería y se acercó a dárselo.

Sólo el libro atravesó los barrotes, pero fue suficiente. En un rápido movimiento, Dorothy agarró su muñeca y tiró de él con mucha fuerza, haciéndole impactar contra los barrotes. Se movió en el suelo conmocionado por el impacto, perdiendo la conciencia.

Notó algo duro tras la cabeza cuando volvió en sí. Lentamente levantó un brazo para palpársela, y descubrió que, de hecho, tenía por almohada a un libro.

—Lo siento —escuchó.

Volver a oír esa voz le hizo entrar en situación.

Abrió los ojos; estaba tumbado al lado de los barrotes. Se alejó instintivamente rodando por el suelo, incorporándose con dificultad. Al palparse la frente descubrió un buen chichón.

Ella estaba de pie, caminando con calma alrededor de la celda. Se detuvo al descubrir que Cirio la estaba mirando.

—Es obvio que tú no tienes las llaves —anunció en tono de disculpa, encogiéndose de hombros. Cirio aún la miraba con el ceño fruncido—. Tenía que intentarlo —añadió.

—¿Pero quién eres? —es todo cuanto Cirio pudo decir.

—Lo último que esperabas encontrarte aquí, de eso estoy segura —respondió sonriendo con sorna.

Con una mano en la frente, Cirio alejó un metro más la silla y volvió a sentarse.

—Todo era una mentira para ver si te sacaba de aquí, hasta que lo has intentado tú misma —dijo al fin.

—Error, vendrán a matarte, eso no es una invención. No gano nada diciéndotelo ahora; ya me he disculpado. Nada tengo contra ti, si estuvieras de brazos cruzados mientras pasan tus últimas horas

de vida, seguro que harías lo mismo.

—¿Pero *por qué* estás aquí?

—No lo sé con seguridad —dijo acercando su rostro hacia los barrotes, agarrándolos para descansar los brazos—, deduzco que por aparecer en este lugar como no debía y desde donde no debía.

—No lo entiendo.

—Ni yo puedo hacer que lo entiendas. Lo lamento.

—¿Cuánto rato estuve inconsciente? —interrumpió Cirio alterado al ver por la ventanilla que la noche empezaba a tornarse azul oscuro.

—Varias horas. Llegué a pensar que te habías dormido, murmurabas cosas sin sentido.

—Sí, entonces lo estuve. Hablo en sueños. Maldita sea...

—¿Qué pasa?

—¿Mantienes eso de que me van a matar?

—Sí.

—¡Joder! ¿Qué voy a hacer?

—Yo que tú saldría corriendo.

—Si huyo, tendré que estar haciéndolo toda mi vida, acaso no me maten.

Dorothy sonrió de oreja a oreja.

—Bienvenido al club.

—Eso si dices la verdad, claro.

Ella se encogió de hombros.

—Tú mismo.

—No se te ve muy estresada ante la inminencia de tu muerte.

—Ya me he dado cuenta en otras ocasiones de que no sirve de nada. Hasta aquí hemos llegado, lo tengo muy asumido. Tampoco creas que me apasiona la perspectiva de vivir aquí.

Cirio empezó a frotarse el pelo con nerviosismo, mirando por la ventana de la sala.

—¿Si? Pues yo no tengo ni pizca de ganas de morir. Ni pizca. Pero tampoco quiero huir.

Dorothy le miraba fijamente.

—Me gustaría ayudarte, pero no puedo hacer nada.

—Ya veo, quedando bien hasta el final. Oh...

Distinguió a dos siluetas acercarse en el horizonte. Estaban armadas. El pulso se le disparó.

—Ya vienen, esperaba tener algo más de tiempo. Mierda...

—¿Cuántos son?

—Dos, y armados.

—¿Con qué?

—Rifles. Pero podrían llevarlos encima por seguridad, para llevarte a ti... ¿Verdad?

—Me halagas. Y ahora, huye.

Cirio se quedó mirando a Dorothy.

—Pero...

—¿Qué parte no has entendido? ¿Quieres vivir? ¡Pues corre!

Y lo hizo. Salió disparado hacia la puerta trasera de la nave, sin pararse siquiera a coger el abrigo —no así su rifle—, y se precipitó montaña abajo comenzando a arrepentirse. Se estaba sintiendo ridículo, era perfectamente normal que los guardias vinieran armados a llevarse a un condenado a muerte. *Una vez más engatusado por una mujer*, pensó. Pero tan pronto lo hizo se topó con algo desagradable.

El cadáver de Füller.

Tenía un disparo en la cabeza. Debía estar ahí desde la noche anterior, pero en la nieve la sangre parecía reciente. Lentamente el cielo empezó a tornarse anaranjado.

Piensa bien lo que vas a hacer... piénsalo...

Dorothy tenía razón después de todo. Se cargaron a Füller, y ella al fin y al cabo intentó que él no acabara igual. Si huía, tendría difícil salida. No tardarían en extender su rostro por todo el país viendo lo importante del asunto. Y por encima de todo no le gustaba huir de nadie; aquella noche floreció en él una dignidad y carácter que creía perdidos. Los muy cabrones mataron a Füller y pensaban liquidarle a él también. El asunto de Dorothy tampoco parecía muy limpio. Él tenía un rifle en las manos y un destino ya marcado.

Qué diablos...

Subió a paso lento pero determinado lo que llevaba de descenso. Caminaba procurando hacer el menor ruido posible, sin perder de vista la nave fronteriza. Al acercarse, distinguió a los dos hombres sacando a Dorothy al exterior, estaba visiblemente encogida de frío. Uno iba al frente, tras él iba Dorothy y otro clavándole el rifle en la espal-

da, obligándola a continuar.

Cirio se tumbó en el suelo, decidido a rememorar sus prácticas de tiro. Primero el que la apuntaba por la espalda. *Bang*. El eco rebotó en todas partes, y la silueta que había tras Dorothy cayó con una mancha oscura en el cuello. El que iba delante se volvió sorprendido, para encontrarse con un codazo de Dorothy que le hizo caer.

Rápidamente ella se puso a palpar el cadáver que tenía tras de sí, sacando un arma. Una pistola. Al volverse descubrió que el tipo al que había derribado se incorporaba apuntándole con el rifle. No le dejó terminar, siendo el disparo menos estruendoso que el de Cirio, quien no salía de su asombro. Con habilidad logró volver la pistola lo suficiente como para disparar a la cadena que unía sus esposas, liberando sus brazos.

Dorothy buscó alrededor a su anónimo ayudante. Cirio corrió hacia ella, quien sonrió al verle primero, y se volvió inesperadamente seria después.

—¿Ocurre algo? —dijo Cirio en voz alta a escasos metros de ella.

La respuesta fue una pistola apuntándole a la cabeza.

¡Cirio, idiota! ¡Ingenuo, siempre te pasa lo mismo!

Un escalofrío le recorrió la espalda, sabiendo que había llegado su hora. Relajó sus músculos y tragó saliva.

—Defiéndete —dijo ella.

Él ladeó la cabeza, sin entender.

—¿Qué?

—¡Te estoy apuntando con una pistola! ¿Es que no vas a hacer nada? ¡Tienes un rifle en las manos idiota! ¿A qué esperas?

Confuso, alzó su rifle lentamente, pendiente de todos sus gestos, hasta apuntarla.

Esto no tiene ningún sentido.

—¿Por qué?

Ella le apuntó con más vigor, parecía que le dispararía de un momento a otro.

—Si huyes te matarán, y si no tampoco vivirás. Yo sé lo que es vivir años con miedo, huyendo eternamente. Sé lo que es vivir sin tener un hogar en ninguna parte, sin poder acercarte a nadie. Saber lo hace que no pueda dejarte marchar así. A mí ya no me queda nada, este era mi último viaje y no

quiero vivir aquí. Pero si me matas tendrás una oportunidad. Serás quien pudo con la prisionera que casi escapa y que mató a dos soldados de élite... ¿Entiendes? No te quedaba otro remedio, te estaba apuntando con un arma...

Movió su pistola hacia un lado y disparó a la nieve, haciendo que Cirio casi apretara el gatillo. Volvió a dirigirla hacia su cabeza.

—¡Vamos! —gritó ella enfurecida.

Así que era eso...

Entrecerrando los ojos, Cirio apuntó con precisión.

—Contaré hasta tres —dijo Dorothy amenazante, apretando con más fuerza la pistola.

Pero él no se movió.

—Uno...

A la mierda.

Dejó caer su rifle al suelo, reuniendo el valor necesario para volver a articular palabra.

—No.

Esto la enfureció aún más, disparando nuevamente al lado de su pie izquierdo.

—¿Mataste a uno de los guardias y ahora te niegas a defenderte ante una prisionera? ¡Cobarde! —escupió.

Cirio se limitó a negar con la cabeza. Ella apuntó a su hombro y disparó de nuevo. La bala no llegó a impactar, pero le rozó la piel, provocándole una quemadura. Con gesto de dolor se puso el brazo en el hombro, apretando los dientes.

—¿Es que eres imbécil? —gritaba ella ya a viva voz— ¿Qué carajo te ocurre? ¡Reacciona!

Frustrada, le tiró la pistola a la cabeza, que Cirio pudo esquivar. Ella se acercó y le dio una bofetada.

—¡No puedes vivir huyendo! ¡No puedes! ¿Me estas escuchando? ¡Di algo, desgraciado! —le gritaba zarandeándole con ambas manos en su chaleco.

—Tendré que hacerlo —dijo Cirio al fin—. Tendré que intentarlo.

—No puedes... —decía Dorothy perdiendo el hilo de voz— No... —y cayó de rodillas en el suelo, llevándose ambas manos a la cara. El llanto, descarnado y estremecedor, duró varios minutos en los que Cirio tuvo la impresión de que expulsaba años de indescriptible soledad y miedo, de superviven-

cia sin concesiones.

Finalmente se agachó a su altura.

—Tú también tendrás que intentarlo —le dijo—. Vamos.

La incorporó, viendo que ella iba cediendo al frío, pues temblaba más. En silencio la llevó a una cueva acondicionada que sólo Füller y él conocían y que estaba a unos ciento cincuenta metros de la nave. Allí tendrían refugio durante al menos un día más, y calefacción mecánica.

Sentó a Dorothy en la única silla de la estancia, y él se apoyó en la pared, palpándose aún el hombro.

—Estás loco —dijo ella.

—Tal vez. Y mientras pierdo la cordura me gustaría saber cómo has llegado hasta aquí.

—Es una historia muy larga y complicada.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —dijo él aumentando la calefacción—. Podrías empezar por tu verdadero nombre.

Ella le miró unos instantes aún seria, hasta que sonrió como nunca antes la había visto sonreír.



CORRECTIVO

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.

Miguel de Cervantes

Cuando me enviaron al correctivo con diecinueve años, no me lo tomé tan mal. Es el lugar al que suelen enviar a los jóvenes más empeñados en alterar el orden y buscarse problemas. Teníamos prácticamente censurados bajo todo tipo de tabúes sociales los excesos a la hora de protes-

tar, manifestarse, buscar justicia... pues se consideraba que ya no era necesario, y admitir lo contrario suponía un problema con la propia imagen que el país buscaba de sí mismo. A quienes más costaba adaptarse a esa sociedad, naturalmente, éramos nosotros, los jóvenes. Los que mostraban los síntomas eran llevados al correctivo y reincorporados a la sociedad.

He de dejar claro que yo no era de lo peor que se podía enviar allí. Únicamente grité y empujé a un policía que se quería llevar a mi primo Alberto al correctivo —él sí era un poco difícil—, y así acabé yo también en el saco. Tardaron más conmigo, pues no tenía antecedentes, pero tras una semana de deliberaciones la condena fue irreversible.

Por aquel entonces no había prestado gran atención a lo que oí antes sobre el correctivo, pues nunca se me ocurrió que pudiera acabar allí. Se le tenía por un reformatorio para chicos muy indisciplinados o algo así, aquellos de extraño aspecto que aparecían en las noticias de monovisión enfrentándose a la policía en las calles. Parecía que no hicieran otra cosa. Sin embargo, tras una semana en aquel vago lugar, se les volvía a ver haciendo trabajos para la comunidad, limpiando los barrios, ayudando a los ancianos a cruzar la

calle... en otra onda, vaya.

Yo no me consideraba mala persona, así que la condena me parecía un trámite. Si la gente sabía así de allí no podía ser un lugar tan malo. Tras quitarle hierro al asunto cuando me despedía de mi familia, un vehículo oficial me llevó al sitio en cuestión. Lamentablemente no pude ver a dónde me dirigía, pues la parte trasera del coche estaba totalmente aislada y las ventanas tintadas; me fue imposible atisbar ni una pizca de recorrido. El tipo que me acompañaba era extraño, mezclando una ropa informal con el uso gafas solares en el interior del oscuro habitáculo. Se limitaba a ofrecerme agua, y a decirme que lo pasaría muy bien allí y cuánto aprendería, pues a él le curaron en el correctivo dos años atrás y ahora era otra persona. Lo dijo con el mismo entusiasmo con el que un vendedor de tabaco da las gracias.

En un momento dado me dieron ganas de mear, y le pregunté si podíamos parar. Por contra, me pidió que aguantara un poco más. Así pasé varias horas; no podría decir cuántas, porque la verdad, entre lo claustrofóbico del asunto y la no muy animada compañía, mentiría.

En cualquier caso, todo empezó cuando llegué.

Al abrir la puerta y salir del vehículo, me encontré solo en una árida e inmensa explanada de asfalto cuyo final la vista no lograba alcanzar. El aire era frío, un frío a la vez húmedo y seco que sin ser glacial te hacía frotar los brazos y erizaba hasta el último pelo del cuerpo. Huelga decir que tal y como venía, casi me meo allí mismo. Y el cielo. Oh, el cielo... ¡El cielo! Si una forma puede definir un color, aquel cielo definía el gris de forma exacta. Densa y profundamente nublado, con una luz ambiental que aunque no oscura, estaba carente de cualquier calor solar... ¿A dónde diablos me habían llevado?

Un sudor frío me recorrió el cuerpo cuando volví la cabeza hacia mi acompañante al bajarse del coche. Pero no le miraba a él, sino al enorme complejo que se alzaba tras su cabeza: la edificación compartía el gris del cielo, por lo que mi mirada se centró en el extraño haz de luz roja que salía de algún punto del interior hacia el cielo, siendo imposible discernir dónde acababa.

—Vamos —me dijo el acompañante—. Es por aquí—.

—¿Y esa luz? —le pregunté curioso al seguirle.

—Comunicaciones, satélites —dijo en su habi-

tual parquedad, señalando hacia el cielo.

La explicación me dejó igual, y además la luz parecía siniestra, pero cuando nos adentramos en el complejo empecé a olvidarlo. En la calle, filas de chicos y chicas aguardaban para entrar. Todo muy colegial, como imaginaba. Al fin entramos en la edificación —¿adivinan el color de la decoración interior? Sí, gris—, y en silencio subimos las escaleras hasta la planta superior, cuya única sala era aparentemente un despacho.

—Ah, tú debes ser Abreu, ven, siéntate.

Debía ser el director, y como tal le obedecí.

—Veo que eres el primo de Alberto. Diecinueve años y sin antecedentes. Hmm... Sabrás que ha experimentado notables progresos en su conducta desde que llegó aquí. Viendo tu expediente estoy seguro de que tú no serás la excepción.

—¿Podré ver a mi primo, señor?

—Naturalmente, esto no es una cárcel —respondió con una media sonrisa—. El señor López te llevará a tu grupo. Te deseamos una estancia agradable, que en tu caso sólo será de una semana.

Y el señor López —ahora por lo menos ya tenía nombre— me llevó de nuevo al exterior, con otra

fila de personas que hacía movimientos con los brazos, frente al que supuse encargado del ejercicio físico en el centro.

—Como ves nos gusta mucho hacer cosas al aire libre. Anda, únete al grupo.

Le miré en silencio, pero no pude sacar más de su fría mirada. Así que lentamente me incorporé a la fila, e imité con torpeza sus movimientos. Me fijé —era cuestión de tiempo— en una chica impresionante meneándose al unísono del grupo, a mi derecha.

Mientras alzaba y relajaba los brazos, decidí hablarle.

—¿Lleváis mucho rato haciendo esto?

—Acabamos de empezar —respondió con indiferencia, sin mirarme.

—¿Y cuándo acabamos? —insistí.

Pero me ignoró. Completamente.

Alguien me dio unos toquecitos en la espalda.

—Eh...

Una chica morena de ojos marrones negaba con la cabeza cuando me volví. Debía rondar mi edad.

—¿Eres nuevo?

—¿Tú también?

—Llegué esta mañana —dijo ella asintiendo con la cabeza, antes de tocar el suelo con la punta de sus dedos—, yo que tú no insistiría demasiado. La gente no es muy simpática por aquí.

—Ya veo, ya... —dije mirando a mi alrededor.

—Natacha —dijo ella con voz cansada por los ejercicios.

—Abreu.

—Encantada.

—Igualmente.

El monitor nos dio diez minutos de descanso, y yo me senté con Natacha, que parecía el único ser sociable por allí. Los demás, sin embargo, se sentaban con un cierto orden y apenas si se murmuraban.

—¿Has visto otros que hayan llegado hoy?

—Sólo a ti, el resto parece que lleve aquí toda una vida de aburrimiento. A veces parece prepotencia.

Pasamos unos minutos ensimismados, viendo

el comportamiento de los demás: lo más asquerosamente neutral del mundo.

—¿Y tú porqué estás aquí? —le dije a Natacha.

—Mordí a un profesor.

—¡Anda ya! ¿Y eso por qué?

—No importa.

La cara que puso sugería no tocar más el tema.

—Yo intenté que no se trajeran a mi primo. Tiene que andar por aquí.

—¿Tienes un primo aquí? —dijo ella visiblemente aliviada por cambiar de tema— ¡Qué suerte! Tener alguien conocido, quiero decir. La verdad es que esto no es ni lo bueno ni lo malo que prometía, sólo es aburrido. Ojalá mis primos estuvieran aquí también.

El monitor nos indicó que nos fuéramos preparando para reanudar los ejercicios, con lo que Natacha y yo nos levantamos.

—¿Te das cuenta de cómo miran? —le susurré— Parecen sapos.

Ella se rió ante la ocurrencia, una carcajada pura y cristalina que desentonaba absolutamente

con el panorama, lo que provocó que los demás – como sapos– se quedaran mirándonos.

A la hora de comer nos separaron chicos de chicas, y fue en el comedor donde al fin vi a mi primo; me senté a su lado y devolvió el saludo con una débil sonrisa.

–No he dormido demasiado bien –dijo.

–¿Cuánto llevas aquí? –me interesé al ver su tez pálida y somnolienta.

–Una semana. Y siempre nos dan esto que ellos llaman sopa... –hizo una mueca de asco–. Aquí todo está desabrido, de algún modo.

–Yo he llegado hoy.

–Ajá.

–¿Te ocurre algo?

–Ya te he dicho que no he dormido demasiado bien.

–¿Y luego qué harás? Me dijo una compañera que después de comer tenemos dos horas libres.

–Descansaré... o iré por ahí... ya veré.

–Como quieras.

Terminé la sopa en silencio, contrariado por la

actitud de Alberto. ¿Qué hacer? Todos se retiraron en silencio y el encargado del comedor prácticamente me echaba con la mirada. Así que salí afuera.

Confuso, me dirigí a un lago que estaba tras el complejo. Pensé por largo rato, mirando melancólico aquel transparente y gigantesco estanque —es lo que parecía, tan calmo—. Diminutas olas uniformes lo recorrían por la leve y fresca brisa. Ni siquiera el agua le daba vida a aquel lugar. Sin peces, sin un color que reflejar más que el gris del cielo y el rojo de aquel horrible rayo.

¿Por qué Alberto estaba así de raro? Conocía a mi primo mejor que nadie. Tal vez le hubieran hecho algo de lo que no pudiera hablar. A todos ellos. Se me ocurrió que no me gustaría ver así a Natacha. ¿Y a mí? ¿Me harían algo? No podía pedir ayuda. Claro que... ¿Ayuda para qué?

Continué pensando, triste, mientras bordeaba el estanque. ¡Ni siquiera había en todo el lugar una mala hierba, un arbusto o una triste maceta!

Cuando volví al complejo, asistimos todos a una aburrida charla sobre cómo servir a la sociedad —ni que fuéramos niños pequeños—. Aquella semana tocaba política al parecer. Llevábamos ya

una hora a oscuras presenciando una proyección sobre lo perjudicial de una actitud revolucionaria, sobre-reaccionaria o en exceso apasionada, relacionándolo todo con distintas enfermedades e ideologías como el comunismo o el nazismo. Imágenes terribles nos mostraban lo perjudiciales que fueron las revoluciones en el pasado, e imágenes más actuales mostraban lo innecesarias que eran en la actualidad.

Fue absolutamente deprimente. Intenté reírme en una parte de la proyección en la que salía un cuadro con un tipo de vestimenta estrafalaria. Todos me miraron de forma hostil.

—¿De qué te ríes? —me dijo el chico que estaba a mi lado—. ¡Ha muerto gente!

Tras un silencio intimidatorio, la atención volvió a la proyección. *Nada de risas*, apunté mentalmente con fastidio. Pude salir —asqueado— tras tres horas de proyección.

Momento de cenar. En el salón de los chicos me volví a encontrar a mi primo Alberto, que aparentaba estar igual.

—¿Qué hay? —le dije sentándome a su lado.

—Hola —se limitó a decir, hundiendo la cucha-

ra en su sopa mecánicamente.

—No se te ve muy animado —le dije.

Se encogió de hombros.

—Oye, dime una cosa —insistí susurrando—...
¿Estas así por algo? ¿Es que os hacen algo aquí?

Por fin mostró algo parecido a una emoción,
curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes... estáis todos muy mustios. Tú ahora mismo tendrías que estar maquinando cómo servirte otro plato sin que nadie lo note.

—Bah... ¿Y para qué? —dijo tras un bufido, reanudando su mecánica ingestión de sopa.

Aquello me llegó tanto como la ira me cegó. Me cambiaron a mi primo, y él tampoco ofrecía resistencia a su apatía, tristeza o lo que tuviera. Así que le di un puñetazo. Ambos ya hemos llegado a las manos en otras ocasiones, y no hacía falta mucha provocación para enfadarle. Lo que hice fue una declaración de guerra en toda regla.

Del impacto escupió la sopa y se cayó de la silla; incrédulo, clavó sus perplejos ojos en los míos mientras se palpaba el labio.

—¿Por qué lo has hecho?! —gritó.

El silencio se impuso en el comedor, convirtiéndome nuevamente en el centro de atención. Ojalá quien lea estas líneas pueda ponerse en mi lugar, y comprenda la presión que supone tener a decenas de sapos censurándote con la mirada en un intimidatorio silencio.

Frustración. Miedo. Impotencia. Soledad.

—Por nada —murmuré.

Todos reanudaron su actividad cuando me senté y, sin volver a decir palabra, terminé mi comida a solas, pues Alberto se cambió de asiento. Quizá fuera lo único que no le podía reprochar.

Tras la cena me dirigí por primera vez a mi habitáculo, que apenas albergaba espacio más que para la cama, cuyo colchón encima estaba duro. No menos echaba en falta algo de calefacción, o más grueso que la sábana que tenía para cubrirme.

Mientras conciliaba el sueño recordé la publicidad del Ministerio de Asuntos Sociales sobre los correctivos. *“Hasta el más agresivo se vuelve inofensivo, hasta el más conflictivo se reintegra. Hasta el más malvado se deshará en buenas acciones”*.

Maldije a la sirena entre balbuceos cuando llegó la mañana. El aire estaba rancio y seguía teniendo sueño, lo que hizo que me preguntara cuán bien ventilado estaba el habitáculo. Supuse que por eso mi primo Alberto se quejaba del sueño.

Continuando la que debía ser mi rutina diaria, salí a incorporarme a la fila, momento en que López me interceptó.

—Ven conmigo, el director quiere verte.

Cuando le vi confirmé mis temores. Se trataba de mi puñetazo a Alberto.

—Nos has decepcionado mucho, Abreu. Pensábamos que eras mejor que tu primo cuando entró aquí, y nos has obligado a alargar tu estancia hasta que termine la de Alberto, además así tendréis tiempo de reconciliaros.

—¿Cuándo termina la reclusión... estancia de Alberto? —dije yo temiendo lo peor.

—Dos meses y tres semanas. Tranquilo, seguro que te adaptarás enseguida... date cuenta de que sólo llevas un día aquí. Pero al final todos se adaptan —añadió por último al ver mi rostro descompuesto.

Salí de allí hecho polvo. Llevaba fatal pensar

que pasaría allí una semana, y ahora tenía que quedarme casi tres meses.

¡Tres meses!

Rumiando tal desgracia salí afuera, topándome con Natacha. Estaba sentada en un banco de hormigón, sola, y parecía triste.

Caramba, pensé, la última persona que vi sonreír en este maldito lugar, y ahora está como los demás.

—¿Qué tal? —le dije al sentarme a su lado, sintiéndome de pronto una máquina de tener conversaciones (qué culpa tendría yo de que nadie quisiera hablar).

Ella me miró distante, con los ojos cristalinos. No dijo nada.

—Ahora pareces un sapo —añadí con una sonrisa triste.

Y al fin, para mi alivio, sonrió.

—Perdona, es este lugar, ya sabes...

—Sí —convine—, el sitio ideal para celebrar un cumpleaños.

—¿Por qué es todo tan... ?

—Te entiendo.

Le conté lo que le había pasado a mi primo, y mis temores al respecto.

—Qué importa ya —dijo ella mirando al centro del complejo, de donde salía el siniestro rayo rojo—. No podemos salir, y estar aquí nos cambiará, para bien o para mal.

—No hablemos aquí, vayamos al lago —dije con ganas de alejarme del centro, y sobre todo, del maldito haz de luz.

Ella me siguió con pocas ganas, y aunque se quería sentar, la convencí de que camináramos bordeando el lago por el lado más alejado del centro.

—Sé que esto te va a parecer una tontería, pero al menos escúchala. Creo que en este lugar nos están haciendo algo malo. Yo no tengo nada que ver con la gente que suelen traer aquí, y no necesito que nadie me diga lo que está bien o mal. Aquí... no sé cómo explicarlo... nos están *desactivando*.

—Creo que exageras un poco. Es un sitio triste, pero los resultados están ahí, todos hemos visto a algún ex-internado en la calle. Hacen cosas buenas, Abreu.

—Sí, ya. ¿Pero les has conocido? ¿Sabes lo que ronda por sus cabezas? ¿Les conocías antes de ir al correctivo? Natacha, mírate... ¿Te acuerdas de cómo te reíste ayer cuando te dije que parecían sapos? ¿Te reirías así ahora?

—La verdad es que no.

—¿Y por qué?

—Bueno...

—No sé lo que es —dije—, si el lugar, el ambiente, algo que nos ponen en la comida... Pero nos están volviendo lelos, Natacha. Ovejas mansas y estúpidas. Y yo no quiero ser así, ni quiero que tú lo seas tampoco. Ambos llevamos sólo un día aquí. ¡Podemos evitar ser como ellos! Conocer los síntomas ya es una ventaja.

—Que puedas tener razón no me consuela lo más mínimo. Mira a tu alrededor. Aquí nadie puede estar contento, hay algo que consume toda alegría posible en este lugar, que se mete dentro de ti y te arrebatata el... la...

—Lo sé, a mí también me puede, y me quedan casi tres meses aquí dentro.

—¡Tres meses!

—Tiene que haber algo que podamos hacer — dije yo desesperanzado.

—Ahora tú también pareces un sapo.

—Muy graciosa... —sacudí la cabeza, contrariado por responder así— Es verdad, es verdad... hay que pensar en positivo, ser positivo...

Estuvimos así un minuto, pensativos. Yo estaba visiblemente nervioso, de brazos cruzados, andando de un lado a otro. Como Natacha estaba peor que yo, preferí empezar con ella.

—Piensa en algo alegre —le dije acercándome—, piensa en el momento más alegre de tu vida.

—No funciona —dijo ella decepcionada—, y no hacía falta que me lo dijeras, he estado triste antes. ¿Sabes?

—Perdona, pero tiene que haber alguna manera. Algo agradable tienes que poder recordar...

—Todo lo bueno que pueda venir a mi cabeza está muy lejos de aquí, Abreu.

—Bueno, pues piensa en lo que sueles pensar cuando estás triste...

—¿Qué parte de aquí no funciona no has entendido? —dijo con desgana.

—¡Joder! —grité yo, harto. Me acerqué con brusquedad, la agarré por los hombros y la besé en la boca.

No me pregunten por qué. Ni yo lo sé.

Cuando la solté, se me quedó mirando con los ojos abiertos de par en par y la boca semiabierta, en una mueca tal vez de incredulidad.

—Eh... uh... lo siento... fue un impulso —quise yo disculparme consciente de hasta dónde había metido la pata, y temiendo una bofetada o un espectáculo.

Ella, sin embargo, hizo un gesto para que me callara, se puso la mano en el pecho como quien se mide el ritmo cardíaco y me miró sonriendo, sin eliminar del todo el rictus incrédulo. Acto seguido, me agarró la cabeza por las mejillas con ambas manos como si quisiera reducirme el cráneo y me besó aún con más ahínco. Casi pierdo el equilibrio, pues no me lo esperaba. No estoy muy seguro de cómo explicar lo que ocurrió después... nos apretamos con fuerza, nos besamos con una pasión cuyo origen aún ignoro... exploramos nuestras respectivas siluetas como si estuviéramos hechos de goma... la ropa volaba mientras, poco a poco, cayendo al suelo, nos convertíamos en animales sal-

vajes, y como tales tuvimos sexo durante largo rato.

Más tarde, tumbados en el asfalto pero afortunadamente lejos del centro y bien cubiertos, ni ella ni yo dijimos nada. Simplemente pensábamos en lo ocurrido. Natacha me miró entonces, aún semidesnuda. Sonreía... sí, volvía a ser la Natacha con la que hablé la primera vez. Y qué diablos, yo también.

—Me vuelvo a sentir bien —dijo ella.

—Eso espero —respondí yo, aún cansado.

—Tonto —amonestó ella en broma—, no me refiero a eso. Es algo que sentía antes de entrar aquí y que hace un rato estaba ausente. Como...

—Como una chispa —precisé.

Ella me miró muy seria.

—Eso es.

Estuvimos otro rato en silencio, mirando el cielo gris. Empezábamos a ser conscientes del fresco ambiental, por lo que nos volvimos a vestir. Ella, al terminar, me miró muy seria, y me besó más suave, más delicadamente que antes.

—Es muy importante que recordemos lo ocurri-

do mientras sigamos aquí –añadió.

Yo asentí. De pronto me sentí eufórico, seguramente al pensar que el enigmático proceso de *apazguatamiento* era reversible, y que una persona como Natacha podía seguir siendo ella misma.

Además, dudo que haya existido una cura mejor en la historia.

Regresamos por el mismo camino, separados como si nada hubiera ocurrido. Lamentablemente, tal precaución no fue necesaria.

Nos esperaban López y un tipo al que nunca había visto.

–Natacha, tienes que acompañarme –dijo el primero.

Se acercó a ella y se puso a su lado, para animarla a seguir. Ella me miró, e hizo una graciosa mueca de resignación que no se correspondía con lo que sus ojos decían.

–Nunca lo olvides –dijo con voz quebrada.

Desaparecieron frente a mí, tras una esquina. El otro hombre me hizo un gesto para acompañarle.

–Debes ver al director –añadió.

Estuve pensando en mandarlo a la mierda mientras contemplaba la esquina por la que se había esfumado Natacha, pero finalmente consideré prudente acompañarle.

—Tenemos cámaras por todas partes, Abreu... ¿En qué estabas pensando? —me dijo mientras nos dirigíamos al despacho— Ya, claro —añadió a mi elocuente silencio—. Pues que sepas que a ella ya la esperan fuera para trasladarla a otro correctivo y...

—¿Qué? —dije yo indignado, apretando los puños.

—¿Y qué esperabas? Esto es un centro de rehabilitación, no un burdel. Además, podías haberla dejado embarazada. Críos... El director ha notificado vuestra travesura a tus padres. Estarás contento.

—Estaréis contentos vosotros, de conseguir un sapo más.

Esto hizo que el hombre me mirara por el rabillo del ojo arqueando una ceja.

—Soy Ernesto, por cierto, el vice director.

El imbécil del director me echó otro rapapolvo simulando estar decepcionado conmigo, recordán-

dome lo bien que se comportaba Alberto últimamente, y los tres meses más que iba a pasar allí dentro. Nada menos que medio año en el correctivo. Ernesto no dijo ni una palabra, se limitó a estar presente hasta que el director acabara, momento en que salió conmigo.

—Es hora de comer. Anda, baja al salón.

Cuando el director me condenó a pasar medio año allí, no hizo sino dar carta blanca al plan que tenía en mente. No tenía intención de pasar ni un sólo día más allí: debía escaparme de algún modo. Por eso, cuando Ernesto entró en otra sala y cerró la puerta yo me detuve, regresando sigilosamente sobre mis pasos. Con un ojo en la puerta del despacho del director, pegué la oreja en la que Ernesto cerró. Podían hablar del destino de Natacha...

—No sabría decirte, no parecía tan mal chico —dijo la reconocible voz de Ernesto.

—Por lo pronto lleva dos días aquí, y ya se ha tirado a una internada, amén del guantazo que le arreó a su primo en el comedor —respondió otra de un tipo al que nunca había oído—. No me extraña que le hayan caído otros tres meses —se notaba que masticaba algo mientras hablaba, estaba comiendo—. El chaval es resistente.

—Es curioso, porque al contrario que el primo, no tiene antecedentes —dijo Ernesto.

—Eso no dice nada, la juventud es hoy imprevisible.

—Víctor, la juventud *es* imprevisible. Lo has dicho para no atragantarte.

—Oh, no... ¿Has venido para que me sienta culpable? Eso no se hace durante el almuerzo, hombre.

—No, no. Prefiero vivir asumiendo lo que estamos haciendo, Víctor. Estamos lobotomizando a estos chicos, les estamos borrando todo lo que les hace ser jóvenes. ¿Entiendes? Ahora los políticos y los empresarios pueden hacer con ellos lo que quieran. Creamos ovejas a las que no les importa ir al matadero, no quiero engañarme con la pose oficial y políticamente correcta de “vamos a reintegrar a estos chicos rebeldes en la sociedad”. Encima quien se niega a traerlos aquí queda como un terrorista o algo así.

—Voy a llorar...

—Víctor, hombre, vivimos en una sociedad en la que la protesta está cada vez peor vista, y la hipoc... corrección política recorre hasta el último

rincón. Los chicos que llegan aquí han venido por eso, por protestar, ya sea torpemente, ya sea manipulados por unos y por otros, ya sea por motivos banales... pero son los únicos que se atreven hoy a usar su garganta. Hay que educarla, no cortársela, hombre...

—¿Y? ¿Qué crees que va a pasar porque dejen de hacer el golfo?

Un crujido en la puerta del despacho del director me puso en guardia, pero no se abrió.

—Que estos chicos seguirán con sus vidas, y harán cosas bonitas como hacer de mano de obra gratuita para el Ayuntamiento en sus campañas *pro-ciudad-limpita* y demás, sí. Pero dentro de veinte años, ten por seguro que ni a mí ni a ti nos van a respetar la pensión en el país de viejos en el que viviremos entonces. Y, amigo, los que tendrían que gritar por nosotros habrán pasado por aquí, y ya no serán capaces ni de indignarse. Y este chaval, Abreu, creo que ya huele, que ya empieza a ser consciente de que aquí más que reformar deshumanizamos. Si puedes seguir comiendo sabiendo que eres partícipe de eso, Víctor, te pienso poner una estatua en plena plaza. De mi bolsillo.

—Mira, Ernesto, todo eso está muy bien, pero

yo tengo una familia de la que cuidar y que dejará de tener padre si el director me oye decir algo así... corre el rumor de que a los empleados *discrepantes* de los correctivos no los expulsan sin más, sino que sustituyen el contenido de sus inyecciones semanales de serotonina por un simple suero. Y como no quiero acabar igual de gilipollas que López, ni en el paro, cierro el pico. ¿Me sigues?

—Siempre acabamos ahí —dijo Ernesto suspirando—. Oye, me has abierto el apetito, creo que yo también voy a por...

Esa frase fue suficiente para apartar el oído y salir de allí con el mismo sigilo.

Me dirigí al comedor doblemente convencido de mi plan. Oír a Ernesto fue muy revelador y me sorprendió que hubiera gente en el correctivo que no estuviera de acuerdo con lo que hacían. Yo suponía una gran conspiración.

Lamentablemente no parecía que el vice fuera a hacer nada al respecto, ni creía que me ayudara a salir si se lo propusiera.

Una vez en el comedor, algo apagado pero aún lúcido, me senté con mi bandeja de comida en la mano, y la observé detenidamente. Tal vez estuviera contaminada, tal vez me volvería más sapo.

Podría ocuparme de la comida más tarde.

La dejé a un lado y me ocupé de vislumbrar una manera de salir de allí. Si algo tenía de singular el correctivo, es que no tenía verjas ni muros, estaba abierto. Supuse que tendría que ver el paisaje que lo rodeaba, una gran y asfaltada nada que llegaba hasta el horizonte, atravesada por una delgada carretera. No invitaba a la fuga, precisamente. Recuerdo que el viaje desde la ciudad fue de varias horas. Sería una dura caminata y no pasaría muy desapercibido.

Miré a mi derecha. Más allá del resto de sapos, al fondo de la mesa, estaba Alberto. Comía con desgana, la mirada perdida en la pared. A mi izquierda el panorama era muy similar. Recordé entonces lo que dijo Ernesto. Si me iba todo seguiría igual, debía hacer algo. Por ellos. Por mi primo.

El rayo, sí. El rayo rojo tenía que ser muy importante en el funcionamiento del correctivo. Debía estropearlo. Era más factible que la fuga, y además, tal vez entonces, con la confusión...

Abandoné el comedor sin probar bocado, y esperé a que sonara la sirena. Tocaba proyección. Bien, mi turno. Me dirigí a la zona central del co-

rectivo siguiendo los cables y tuberías hasta donde sí que había una reja con el pertinente y sugerente cartel de *sólo personal autorizado*. ¿Qué clase de sabotaje sería si hubiera entrado como Pedro por su casa? Subí y salté el enrejado sin que nadie me viera, y entré. Con la escasa gerencia que había visto en el complejo, poco personal autorizado podía haber.

Fue entonces cuando empecé a ponerme nervioso. Abreu, piénsalo. Puede haber guardias, guardias armados. Si no te matan vas a estar cinco años en el puto correctivo, y cuando salgas no te va a reconocer ni tu madre, eso si no haces que todo explote. Venga Abreu, que el machote era tu primo, no tú, da media vuelta...

Con el corazón a cien y las piernas temblando, abrí lentamente una puerta metálica que daba a unas escaleras descendentes que se perdían en la oscuridad. Ahí me detuve, y les juro que estuve a punto de cerrar la puerta y volver por donde había venido. Pero respiré hondo, tragué saliva, y me adentré lentamente evitando hacer el menor ruido. Abajo percibí una tenue luz desde la izquierda, aunque tuve que sentarme a mitad de camino para calmarme, pues mis rodillas se doblaban solas.

Un tecleo llegó a mis oídos, había alguien abajo. Maldita sea. Aún puedes regresar sin que nadie lo note. Eres un despistado y llegaste tarde a la proyección. Y no pasa nada. Me incorporé y descendí casi hasta el final, asomando lentamente la cabeza. Un tipo miraba un monitor rodeado de varias consolas llenas de papeles, y latas de refresco. Tenía en su cabeza unos voluminosos auriculares, eso me daba ventaja.

¿Pero qué iba a hacer? ¿Entrar, pulsar unos botoncitos al azar a sus espaldas y salir corriendo?

Mis pensamientos se vieron interrumpidos cuando el hombre se quitó los auriculares, los dejó al lado de su teclado y se levantó. Llegué a retirar la cabeza justo antes de que se volviera, sin saber muy bien si huir, gritar, o echarme a llorar. Opté por la primera opción, y con todo el sigilo que pude subí rápidamente las escaleras, cerrando la puerta metálica tras de mí. Extasiado, me senté al lado de ella sollozando silenciosamente. Aquello era demasiado para mí. Hiciera lo que hiciera estaba perdido: si rompía algo sólo me estaría echando años de internamiento en la mochila, no iba a salir de allí. Tenía que asumirlo.

La puerta se abrió a mi derecha y yo me que-

dé de piedra. Tensando los músculos, apreté las uñas contra el suelo para obligarme a permanecer inmóvil; me había colocado en buen sitio, pues al abrir la puerta, ésta se interponía entre el tipo y yo. Cerrándola de un manotazo, sin mirar hacia atrás, el desconocido se alejó prendiendo un cigarrillo. Creí sabio entonces no esperar a que al cerrar la puerta con candado del enrejado mirara en mi dirección, así que rápidamente me levanté, abrí la puerta, y la cerré todo lo que pude sin que hiciera *clac*.

No podía vacilar. Descendí como alma que se lleva el diablo y eché un vistazo rápido a teclados y monitores. La silla, con eso podría romperlo todo. La alcé preparado para atizar una de las consolas con ella; fue la última vez que pensé en lo que estaba haciendo. Reconozco que el pensamiento fue meramente autojustificativo, pero no por ello menos cierto: tanto me daba pasar allí seis meses que un año o dos, pues el que saldría no sería yo.

La distancia resultó ser suficiente para que no me rasguñara ningún cristal. Seguí con los teclados, continué con las cajas negras a las que todas las cosas conectaban. Arranqué cable tras cable de cuajo, bajé palancas de la pared, todo tan rápido

que llegué a hacerme daño en las manos. Cuando desde el exterior llegó una sonora alarma, consideré buen momento para parar. Me sentía extraño, bombeando aún adrenalina. Me sentía... poderoso.

Salí de allí veloz, pero tras subir las escaleras y empujar la puerta metálica, quedé cegado. Una luz intensa y muy cálida, de color amarillento, lo bañaba todo. Confuso, corrí y salté el enrejado cuan rápido pude, con un gran dolor en los nudillos. El exterior se había llenado de internados confusos que miraban al cielo, a los cuales me pude unir. Entonces caí. Aquella poderosa luz no era otra que la del Sol. La había olvidado.

Cuando pude terminar de abrir los ojos sin miedo, la confusión se multiplicó. El entorno había cambiado, el área de asfalto apenas cubría unas decenas de metros pues lo demás se convertía en una zona desértica que descendía hasta un área urbana aproximadamente a un kilómetro de distancia, seguramente un pueblo. Más lejos pude distinguir la ciudad, mi ciudad. Las nubes parecían haberse evaporado, el cielo era completamente azul y el lago reflejaba destellante aquella luz. El propio correctivo ya no imponía: el haz de luz había desaparecido, junto a las zonas oscuras más

allá de las agudas y definidas sobras que contrastaban con la luz ambiental que reinaba antes. Unos lloraban, otros reían, el resto se limitaba a contemplar los alrededores con absoluta perplejidad.

Comprendí: el rayo rojo no tenía nada que ver con las comunicaciones. Su propósito era crear una ilusión, tanto visual como climática.

—¡Primo!

Alberto, que caminaba torpe y visiblemente confuso cerca de mí, me miró, reconociéndome.

—Qué... ocurre... este encandilamiento es desagradable... deberíamos volver...

—Es el Sol, primo. ¿No te das cuenta? ¡Ya eres libre! ¡No tienes por qué seguir aquí! Mira cuánto te han estado ocultando —le dije apoyando la mano en su hombro.

El se zafó con brusquedad.

—¡No! Yo regreso, no colaboraré en una fuga. Y tú tampoco deberías, primo. Vas a dar un horrible ejemplo de civismo.

—¿De qué?! —dije incapaz de creer lo que acababa de oír.

—Me vuelvo, anda, ven —dijo cogiéndome del brazo con suavidad.

Mi cara en ese momento tuvo que reflejar una supina estupidez, fui yo en ese momento el que se zafó con brusquedad, mi rostro contraído de rabia. Esto parece que le amedrentó, pues huyó corriendo al complejo.

Con los ojos húmedos y sin apenas pestañear, me quedé contemplando cómo algunos seguían su ejemplo.

Alberto había cruzado la línea de no-retorno.

Los gritos a mi alrededor me devolvieron a la realidad. Seguramente mi sabotaje quedó grabado. No podía esperar a que conectaran todo de nuevo ahora que sabía en qué dirección huir, así que me alejé del grupo en dirección al pueblo, corriendo cuan rápido pude.

—¡Eh! ¡Abreu!

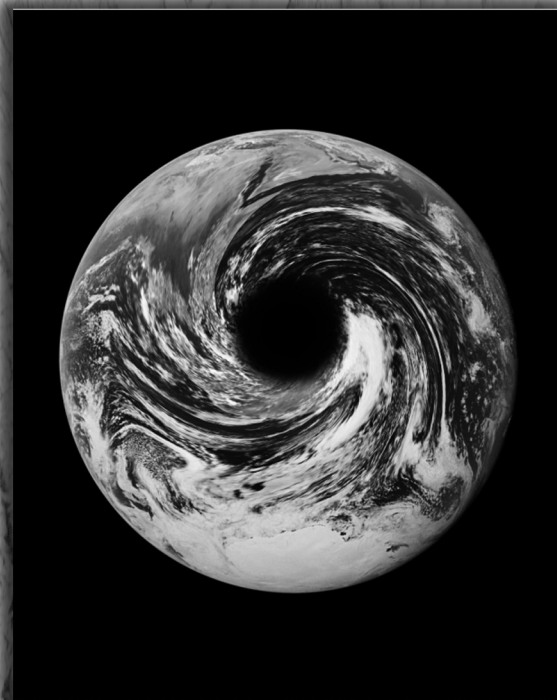
Era la voz de Ernesto, de lo contrario no me hubiera detenido. Le miré al volverme, en silencio; estaba unos diez metros tras de mí, cansado, sus manos apoyadas en las rodillas seguramente por perseguido. Detrás de él se desataba el caos, y algunos internados perseguían a un aterrorizado di-

rector.

Nos miramos inmóviles unos instantes mientras él recuperaba el resuello. Finalmente negó con la cabeza en un gesto de fastidio.

—Es... estará hasta mañana allí abajo, en asuntos sociales. Anda... Ve...

Y eché a correr por la carretera hacia el pueblo, a por ella.



EL COLOR DEL FIN DEL MUNDO

Si dudo, si me alucino, vivo. Si me engaño, existo. ¿Cómo engañarme al afirmar que existo, si tengo que existir para engañarme?

San Agustín

No lo quiero creer. Acabo de verlo en la tele solar del salón. El puto fin del mundo. Algo salió mal al norte, en un sitio llamado CERN y el horror se expande por el resto del planeta. La imagen del presidente del gobierno ha aparecido brevemente, rogando que elijamos el modo de morir que más nos plazca, si no queremos que nos coja. Nos ha dado diez minutos, y se le nota nervioso. Mi madre rompe a llorar en pleno ataque de histeria, y mi padre jura y se desgañita intentando hacer funcionar el teléfono. Yo, por mi parte,

estoy paralizado y no me lo he hecho encima de milagro.

Gritos, golpes. ¡Los vecinos! Mi padre habla con ellos. Mientras algunos pierden los nervios, otros discuten sobre la veracidad del mensaje del presidente. Uno sugiere que lo que realmente quiere es que casi todos nos suicidemos, como nuevo punto de partida para la especie humana. Lo cierto es que en los últimos años el pánico por el cambio climático en los medios fue desplazado por el del crecimiento demográfico. Veinticinco mil millones de almas secando el planeta. Tenía sentido. ¿Por qué si no iba a pedir el presidente que nos suicidáramos en vez de esperar la muerte? Como si siguiera mis pensamientos, el del segundo derecha observó que el presi ni siquiera se había molestado en explicar qué nos iba a matar. ¿Ondas? ¿Tsunamis gigantes? ¿Gases? ¿Sería de repente o poco a poco?

Mi corazón comienza a latir más pausadamente. Si bien el miedo al apocalipsis aún me carcome, hay algo de esperanza. Incluso un pensamiento trivial acaba de pasar por mi mente; siempre pensé que el fin del mundo tendría un color que lo llenaría todo. Por ejemplo azul para los maremotos, o naranja para los terremotos que saquen de la tie-

rra el fuego que lleva dentro. Por eso siempre me fastidiaron esas películas apocalípticas en las que el fin era invisible: virus, radiaciones...

Oímos disparos desde el piso de abajo y la discusión fue de nuevo sustituida por gritos de histeria. Mi padre y otros acordaron ir tocando en las puertas para evitar que más gente se matara. Dios mío, hace unos minutos estaba viendo un concurso de televisión. La sien me late con violencia y estoy algo mareado. Me siento de nuevo con piernas temblorosas, tamborileando con mis dedos el brazo del sillón. Inevitablemente mis ojos se van al balcón, pues da al mar y al horizonte: si fuera verdad que algo nos va a matar lo veríamos llegar.

Mi padre nos tranquiliza a mí y a mi madre diciendo que no iba a pasar nada, pero le sigo notando nervioso. Pasamos el tiempo abrazados, oyendo a los vecinos hablar afuera. Alguno aún no se cree la versión de la conspiración, e insiste en regresar a su vivienda para morir dignamente. Las primeras risas suenan con el pasar de los minutos. Nada ocurre, todos nos sentimos bien. Las calles comienzan a llenarse de gente dándose abrazos de júbilo, unos maldiciendo para bien y otros en pleno éxtasis religioso. No sabría calcular si ya han transcu-

rrido los minutos que el presidente nos dio, pero termino cediendo a la alegría general, llorando de felicidad con mis padres en el balcón y acompañando con nuestros gritos a los que estaban en la calzada.

Sin embargo regreso al salón porque el maldito presidente no cierra el pico, el mensaje se repite una y otra vez. Entonces reparo en un detalle que había pasado por alto: junto a él hay un bolígrafo suspendido en el aire, sólo unos centímetros. En un gesto apenas imperceptible, lo aprieta contra la mesa con su mano. Lo hace en todas las repeticiones del vídeo y la verdad no lo entiendo exactamente.

Pero mi pequeño entretenimiento se acaba de pronto al percibir que los gritos han pasado del júbilo al pánico irracional y desmedido. Corriendo al balcón mientras oigo a mis padres unirse también a esos gritos descubro lo que ocurre. El horizonte se desvanece, perdiendo el cielo su color y aproximándose la nada. Si algún lado de mi cerebro aún se resiste a la evidencia ha dejado de hacerlo en cuanto el suelo ha comenzado a temblar. Dios mío. Es real. Nubes de vapor surgen con violencia y se acercan, en una titánica tormenta eléctrica que lo

ilumina todo.

Pese a estar casi hipnotizado con el panorama, noto que mis padres no están a mi lado, y tras echar un vistazo al salón, veo a mi padre asomando por la cocina, pidiéndome acudir con urgencia. Se ve parcialmente su mano tras el pantalón, agarrando un cuchillo que gotea algo oscuro. No oigo a mi madre. Le miro a los ojos, y él niega con la cabeza. Llorando, y recordando escenas de derrota de algunas películas de época en las que los derrotados se suicidaban para evitar su captura, cierro la puerta del balcón y le paso el seguro con rapidez. Me seco lentamente las lágrimas y apoyo el cuerpo en los brazos, sobre la barandilla, contemplando el fin del mundo. Ya sólo me queda ver su color. En la calle algunos siguen gritando en el suelo, sentados, seguramente porque el pánico les impide caminar. Otros han quitado la tapa a la alcantarilla, y descienden gritando al resto que les acompañen, que tal vez abajo tendrán refugio.

Descubro entonces algo totalmente anómalo. Con la destrucción a mitad de camino vislumbro algo al fondo, cuando parecía que no dejaba nada tras de sí. Las cosas no están desapareciendo. ¡Están hundiéndose! El horizonte se está... curvando.

Sí, eso es. Da la impresión de que el mundo se esté colapsando sobre sí mismo, como si fuera una enorme cama elástica en la que alguien cayera indefinidamente de un gran salto. Noto la succión y me agarro con fuerza a la baranda intentando aliviar también el temblor de piernas. Las rodillas se me flexionan solas. Sé que es en vano, pero lo intento. Oigo roturas y explosiones lejanas, un montón de polvo se dirige a la nada llevándose los coches hacia el mar ya inexistente.

Debido al pánico, mis músculos flojean unos instantes, pero es suficiente. Salgo volando sin conseguir volver a agarrarme. Sin embargo, al alzarme obtengo una nueva perspectiva mientras me aproximo a la cada vez más grande nada. No sé si debí dejar que mi padre me... Esto no parece tan desagradable. Estoy volando, aunque ahora hace mucho, mucho frío. Pienso en el detalle del bolígrafo del presidente y ahora caigo. Ahora caigo, pero no le odio. Espero que tenga suerte. Hace demasiado frío y el mundo es un remolino. Pero he permanecido consciente el tiempo suficiente para verlo.

No quedan colores en el fin del mundo.

También del
autor



Primera parte de la saga **Multiverso**.

Multiverso Armantia explora los horrores de los viajes entre distintos universos. Sus posibilidades y consecuencias son mostradas a través de los ojos de la joven Marla Enea en una novela que combina aventura, historia, y ciencia ficción.

" Moisés ha creado toda una red de personajes que se entremezclan y ofrecen al lector una intriga que engancha y de la que no es fácil escapar: quieres seguir leyendo aunque los párpados se te caigan de sueño "

LeerGratis.com

moises.bubok.com



Multiverso Gemini es la continuación directa de **Multiverso Armantia**, retomando la trama justo donde esta la dejó. Nuevos desafíos se presentarán a los protagonistas, que tendrán que hallar su propio lugar en un multiverso ahora turbulento.

moises.bubok.com

En preparación:
Multiverso Olimpo (2009)

